MIA CAMPBELL

MINOS

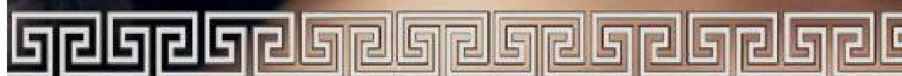
LA VOZ DEL LABERINTO



MIA CAMPBELL

MINOS

LA VOZ DEL LABERINTO



MINOS
La voz del Laberinto

MIA CAMPBELL

COPYRIGHT

MINOS
-La voz del laberinto-
© 1ª edición 29 de enero de 2018
© Mia Campbell
Portada: © istockphoto
Diseño Portada: Mia Campbell
Maquetación: Mia Campbell

DEDICATORIA

Este libro va dedicado, muy especialmente a **Karka G D Marchena** y a todas mis lectoras de **Venezuela**.

Que sepáis que os tengo siempre en mis pensamientos.

FUERZA, MIS CHICAS

Mia Campbell

ARGUMENTO

Corría el año 1.500 a.C.

Para muchos posiblemente no represente más que una época, un número al que difícilmente pueden asociar algún hecho concreto. Ah, pero debo añadir que esta historia que os voy a narrar transcurrió en Creta, en la ciudad de Cnosos y fue iniciada por un rey despótico y un hermoso toro blanco regalo de los Dioses.

Estoy segura de que ahora sabéis de que os hablo, estaréis pensando: *«Nos hablas del mito del Laberinto del Minotauro»,* y de ser así habéis acertado… pero solo en parte.

Olvidad por un momento lo que sabéis o habéis escuchado sobre esta leyenda griega, pues en esta historia que os narraré a continuación, ni los héroes salvaban princesas en apuros, ni los villanos eran monstruos que comían carne humana.

Soy *Arihagne*, princesa de Creta y sí, os aseguro que existió un laberinto, que hubo alguien al que se le bautizó como el Minotauro, pero nada es como os lo han contado…

ÍNDICE

CUANDO LOS DIOSES DECIDEN

Cuando los dioses son los únicos que ostentan el poder y los monarcas se convierten en sus siervos, el resto de la humanidad solo puede esperar dolor y padecimiento. Y no oses ir en contra de sus deseos, pues la voluntad de un dios es voluble y lo que hoy es un regalo, mañana podría convertirse en tu peor pesadilla.

Sin duda, eso es lo que debió pensar Minos, rey de Cnosos, hijo de Zeus y Europa, cuando recibió como regalo de Poseidón un hermoso y magnifico toro blanco.

—Deberíamos honrar a Poseidón y agradecerle la prosperidad sobre nuestras tierras de la manera apropiada —susurró Pasifae recostada en su silla, mirando con palpable aburrimiento los juegos taurinos que se celebraban asiduamente en el anfiteatro—. No estoy segura que celebrar estos juegos en su honor sea suficiente…

Minos seguía con la mirada puesta en la arena, allí donde uno de sus valiosos y bravos toros embestía sin piedad a los saltadores que esquivaban sus cuernos, brincando sobre la cabeza del astado y sobrepasando su lomo para caer de nuevo en el suelo.

Los gritos y jadeos del nutrido público ponían de manifiesto que el peligroso espectáculo era de su agrado, no importaba que recibiesen cornadas o que alguno de esos malditos atenienses pereciera bajo los fatídicos cuernos, después de todo era para lo que había reclamado el tributo, para demostrar su superioridad a Atenas.

Cerró el puño sobre el muslo y luchó con el dolor y la rabia que lo venía consumiendo desde hacía nueve años y que bullía en su interior cada vez que les hacían entrega de los pactados atenienses. Ni todas las vidas bajo el reinado de Egeo, rey de Atenas, lograrían apaciguar su alma por la pérdida de su amado hijo, Androgeo. La gloria de haber ganado los juegos celebrados por el rey ateniense había despertado su

envidia haciendo que otros luchadores acabasen con su vida.

Sí. Se había vengado. Atenas había caído y ahora pagaban un alto precio en la forma de siete doncellas y siete jóvenes en lo mejor de la vida que debían serles entregados para calmar la ira de los dioses.

—Haremos un sacrificio en su honor —declaró con voz ronca, elevando la barbilla y sonriendo con malsana satisfacción al ver que su astado corneaba a uno de los jóvenes saltadores—. Se celebrará al alba, que la sangre de esta fabulosa bestia que se ha cobrado vidas mostrando su valía, ensalce el nombre del Señor de los Océanos.

—¿Este es el mejor de tus astados? —insistió la reina en voz baja, solo para sus oídos—. ¿Qué hay de ese semental blanco que emergió del mar?

El toro blanco había surgido de las aguas un año atrás, una señal de bendición, un regalo de incalculable valía que pastaba entre su rebaño haciendo la función de semental.

—Sería una pérdida sacrificar un animal de tal belleza y nobleza —negó y señaló al toro que piafaba en la arena buscando un nuevo objetivo—. Este otro en cambio simboliza la fuerza y el poder, así es cómo debemos ser vistos y así es cómo nos verá el dios.

La codicia no es una buena consejera y los dioses no son de los que perdonan una ofensa, pero Minos no solo era codicioso, se creía superior a la mayoría por ser hijo de Zeus, Padre de los Dioses Olímpicos y de Europa, la primera reina de Creta. Así que decidió guardar para sí el toro blanco, ocultarlo en medio de su rebaño y sacrificar un animal inferior en favor de Poseidón.

Cualquiera que tuviese dos dedos de frente y conociera a los Dioses, sabría que no era buena idea cabrear a uno de ellos y mucho menos a alguien como al Dios del Mar.

Su réplica no se hizo esperar y, como era costumbre entre aquellos que veían a la humanidad tan solo como mascotas y al mundo como su propio

patio de juegos, eligió una de las peores venganzas posibles y, también, la más ignominiosa para un hombre que se valoraba a sí mismo por encima de todos. Poseidón hechizó a la esposa de Minos para que sintiese una ardiente y arrolladora pasión hacia el toro blanco.

Pasifae no podía dejar de admirar la apostura del astado, solía escaparse en los momentos más propicios del día para admirarlo en medio de los pastos, todo su cuerpo despertaba a la lujuria con tan solo una mirada y la aberrante naturaleza de su deseo la apabullaba tanto como la excitaba. Día tras día acudía a una pradera cercana a Gortina donde el toro pacía bajo las encinas y suspiraba por el deseo insatisfecho, ni siquiera acariciarse a sí misma satisfacía sus anhelos y ya, desesperada, empezó a fantasear con la brutal cópula que podrían tener.

En medio de su febril delirio se imaginó al toro abandonando su piel blanca y tomando la forma de un hombre apuesto, tan viril que nada tenía que envidiar

al astado semental, abandonó toda razón y yació con él en los pastos hasta que su deseo fue saciado por completo.

—Dulce y pasional Pasifae —dijo el hombre mientras yacían desnudos uno al lado del otro—, inocente y culpable, una criatura digna de admirar.

Ella parpadeó entonces, saliendo del sopor de la pasión, reconociendo esas facciones y jadeando al comprender con quién había yacido.

—Mi señor Zeus.

El rey de los dioses rió por su hazaña y contó a quién quiso escuchar que la reina de Creta había desarrollado una pasión arrolladora hacia el toro blanco y había mantenido una relación sexual con él. Minos, quién solo escuchaba lo que quería escuchar, achacó todo a la venganza de Poseidón y, cuando la reina quedó en cinta de esa aberrante unión, decidió consultar al oráculo la mejor manera de cubrir la infidelidad de la mujer y así salvar su honor.

Manteniendo prisionera a su esposa, oculta de la

mirada de sus propios hijos y de aquellos que había engendrado él mismo con otra ninfa, partió hacia Delfos en la más estricta soledad y presentó su dilema al oráculo.

«Busca a Dédalo, el inventor, y ordénale que construya un retiro en las entrañas de Cnosos, que cree la más intrincada de las estructuras y, una vez la reina haya dado a luz, encierra a su vástago en el centro del mismo. Solo así tu vergüenza quedará oculta a los ojos de los mortales y tu nombre se hará incluso más grande».

—¿Y el toro? ¿He de hacer matar a ese engendro de los infiernos?

«No sacrificaste el toro en favor de los dioses, no lo sacrifiques en nombre de la venganza. Mantenlo oculto, apartado de toda res hembra y, cuando el constructor haya terminado su tarea, condúcelo a su interior. Que la bestia se encargue de su propia procreación».

Minos no durmió, no comió, su fervor por ver terminada la intrincada cárcel casi lo vuelve loco. Obligó al constructor a trabajar en la oscuridad de la

noche, en el más estricto secreto, levantando muro tras muro, corredor tras corredor, trampa tras trampa, en las entrañas del palacio. La tarea le llevó años y, en todo ese tiempo, la reina dio a luz encerrada, lejos de las miradas de cualquier ser vivo, ordenó alimentarla en la más absoluta oscuridad, temeroso de que alguien pudiese ver a la abominación que habría nacido de su vientre.

Él se negó a verla, a escucharla, desoyó sus súplicas de perdonarla, su mente creó la imagen de un niño con cuerpo humano y cabeza de toro, una bestia que se alimentaría de carne y odiaría con fervor cualquier olor humano.

La desesperación y la traición lo llevó a buscar refugio en brazos de otras mujeres, yaciendo con una ninfa y engendrando con ella una hermosa niña que pronto se convirtió en su mayor tesoro; Arihagne.

—¿Cómo está mi bella princesa esta noche?

—Lista para recibir vuestro beso de buenas noches, padre, y soñar con cosas hermosas.

—Mi pequeña ninfa de la primavera. —La besaba en la frente y la enviaba con su niñera—. Duerme bien, mi princesa.

Su amor por la princesa no disminuyó su creciente odio por su reina y, cuando nueve años después de su comienzo, el retiro en las entrañas de palacio fue terminado, empezó a pensar que su pesadilla por fin llegaría a su fin.

—La tarea que me encomendasteis ha finalizado, mi señor —declaró Dédalo reuniéndose bien entrada la noche con el rey en sus aposentos—. He creado un intrincado laberinto en el que nadie que entre podrá salir.

Él asintió complacido por la labor del inventor, entonces dio la orden que había estado deseando impartir desde que comenzó la tarea.

—Coge al engendro y llévalo al centro del laberinto y abandónalo allí —ordenó al constructor—. No dejes que nadie lo vea, cubre su horrible cabeza.

—¿Y la reina?

Levantó la cabeza y decidió ser magnánimo.

—Mañana podrá ver de nuevo la luz del sol.

El encargo se llevó a cabo en medio de súplicas, gritos y alaridos que poco tenían que ver con la raza humana. Minos se mantuvo firme en todo momento y, cuando el inventor hubo llevado a cabo su parte, ordenó a seis de sus soldados que capturaran al salvaje toro blanco y lo condujesen al interior del palacio, a la puerta que llevaba al laberinto y lo introdujesen en su interior.

—Hoy todo habrá terminado por fin —declaró viendo desaparecer los cuartos traseros del astado en el interior del laberinto, oyendo poco después los gritos de los soldados incapaces de escapar del astado en el reducido lugar—. ¡Cerrad las puertas y que nunca vuelvan a abrirse si no es para alimentar a la bestia que se oculta en su interior!

Las dos pesadas hojas se cerraron con un sordo sonido que no consiguió amortiguar los alaridos de horror ni las voces del otro lado.

—Pronto estarán aquí los sacrificios de Atenas —comentó más para sí mismo que para los dos soldados que todavía lo acompañaban, aquellos que se habían librado del destino que habían corrido sus compañeros—. Enviadlos al laberinto y que alimenten al Minotauro. Ese ser ansía carne humana, démosela y que todo el mundo sepa que Minos, rey de Creta, castigará a cualquiera que ose enfrentarse a él lanzándolo a las fauces de su bestia.

Y así dio comienzo una leyenda que se convertiría en mito, que viajaría de boca en boca aportando sus propios matices y retorciendo la historia hasta que todo lo que sabrían las futuras generaciones era que en Creta existía un laberinto en cuyo centro había una bestia, un ser con cabeza de toro y cuerpo de hombre que devoraba a cada uno de los incautos que entraban en el laberinto…

Pero… ¿Y si la leyenda estuviese una vez más equivocada? ¿Y si hubiesen sucedido cosas que ningún historiador hubiese recogido? ¿Y si el Minotauro no

fuese una bestia? ¿Y si el héroe, encargado de liberar a Atenas de tan espantoso tributo, no fuese de quién hablaban los libros? ¿Y si Arihagne nunca se hubiese enamorado de Teseo?

Esta es la historia de Asterión, la verdadera leyenda del ser que se ocultaba en el centro del laberinto y al que he esperado durante varias vidas.

UN ALMA PERDIDA EN BUSCA DEL HOGAR

En la actualidad…

Las cuevas Labyrinthos, cerca de la ciudad de Gortina, en Creta, con más de tres kilómetros de extensión, túneles interminables, galerías enredadas y salas esculpidas, era el último lugar en el que Ariadna Minos deseaba estar esa tarde. El lugar estaba atestado de turistas, grupos de japoneses con sus cámaras, británicos escuchando la explicación de su guía y alguna que otra pareja que preferían ir por su cuenta. No era un buen día para saltarse los cordones de una excavación y penetrar en los enrevesados corredores y extraños lugares llenos de escombros de antiguos derrumbes, no después de la amigable conversación que había tenido esa mañana con el responsable de la misma.

—Amable, mi culo.

No, desde luego había sido de todo menos amable. La culpa la tenía su explosivo temperamento o quizá la psicosis en la que llevaba viviendo la última semana, las horas de sueño que se había privado y, sobre todo, la desbordante necesidad de llegar a él y comprobar que lo que ese hombre le había dicho era verdad y no producto de una intoxicación alimentaria.

Sí, no debería estar ahí, no querría estarlo, pero no había una sola molécula en su cuerpo que no le gritase que siguiese adelante, que se diese prisa.

El paso del tiempo había convertido una amplia llanura en una ciudad ruinosa fantasma, en los vestigios de una antigua civilización de la que sólo podían hacer cábalas. Las inscripciones que decoran las salas que todavía permanecían en pie no tenían mucho sentido para aquellos arqueólogos, pero sí para ella.

Y no es que la Dra. Minos, especialista en la civilización minoica y cretense, tuviese todas las respuestas para los más grandes enigmas del universo,

simplemente había estado allí… En otra vida.

Farsante, trastornada, con la cabeza llena de pájaros… A lo largo de su carrera había escuchado de todo en referencia a sus estudios y su persona, el que tuviese además veintinueve años y llevase dándoles la lata con sus teorías desde los veintidós tampoco ayudaba a granjearse la amistad de sus colegas.

Ari era una persona *non grata* en muchas excavaciones y, después del encontronazo que había tenido esa misma mañana con el jefe de la expedición que se hacía cargo de esta, estaba segura de que terminaría en comisaría si la veían merodeando por allí.

—¿Pretende que crea que un turista se ha internado en una zona de la excavación que ni siquiera sabemos que existe y se ha quedado ahí atrapado desde hace días? —El jefe de la excavación, un antiguo compañero de facultad al que había dado calabazas, no tenía la más mínima inclinación de aceptar aquella estúpida excusa para justificar el que

ella quisiera coger un pico y adentrarse en zonas con peligrosidad de derrumbe.

Vale, sí. Ni siquiera un gilipollas como Bemus Katsaros se creería algo así, pero tampoco podía decirle la verdad, no si no quería terminar en un hospital psiquiátrico antes que en comisaría. De lo primero quizá pudiese liberarse, de lo segundo, no.

Su historial médico era casi tan extenso como la lista de familias de acogida en las que había ido saltando desde que tenía seis años y su madre la dejó esperando a que volviese de la compra en la puerta de una iglesia. Enfermiza, extraña, con continuos ataques de epilepsia, era una candidata perfecta para no ser adoptada, para que aquellos que querían acogerla en su hogar cambiasen de idea a las pocas semanas. Y la cosa se complicó al llegar a la adolescencia, cuando empezó a tener visiones de alguien con sus mismos ojos, su misma voz y aspecto de princesa griega y estas no eran precisamente de arcoíris y conejitos.

Dadas sus rarezas, la crítica de aquellos que vivían

a su alrededor, desarrolló un carácter introvertido, se retrajo en sí misma y dedicó todos sus esfuerzos a lo que mejor se le daba; los idiomas. Terminó el instituto sin problemas, pasó a la universidad con una beca y se especializó en civilizaciones antiguas. Los profesores de sus asignaturas preferidas estaban encantados con ella y con su facilidad de aprendizaje, si conservaba algún así llamado «amigo» sin duda podía hacer referencia a Teodopoulos, el profesor ya retirado y cuya recomendación había inclinado al comité para que le diese la vacante en la que trabajaba como docente en la universidad.

Sí, estar aquí hoy era arriesgarse también a perder esa plaza, a perder su modo de vida, tenía exactamente una semana para arreglar sus asuntos y regresar a las clases o la echarían de una patada. Y le constaba que algunos celebrarían ese hecho.

—Visiones… —resopló para sí y sacudió la cabeza —. Sí, claro, alucinaciones en tecnicolor.

Durante gran parte de su vida había pensado que

le pasaba algo a su cerebro, que habría algún tumor que los médicos y las innumerables pruebas que le habían hecho no podían detectar. La otra parte la había llevado a creer en lo que nunca había creído, a pensar que quizás, lo que veía eran imágenes de otra vida, una suposición que se había convertido en una aplastante e irrefutable certeza cuando ese chalado se presentó en su despacho de la universidad la tarde del pasado jueves.

—¿Dra. Minos?

—Eso dice en mi puerta —aseguró, estaba corrigiendo los trabajos de sus alumnos y algunos eran para echarse a llorar—. Si no le importa esperar unos minutos, le atenderé en cuando suspenda a este incauto.

El recién llegado caminó hacia su escritorio y no pudo evitar reparar en el elegante abrigo que llevaba sobre un serio traje de chaqueta. No era el perfil de los padres que solían asomarse por su despacho para quejarse de las notas de sus hijos, lo que lo dejaba en

un posible mecenas. Levantó la mirada poco a poco y se encontró con un rostro de facciones clásicas, con una piel aceitunada propia del mediterráneo y unos ojos tan azules que capturaban. Todo él exhumaba sensualidad y poder, una seguridad aplastante en un hombre que debía rondar la cuarentena.

Al encontrarse con su mirada él le sonrió y algo en esa sonrisa le provocó un pequeño jadeo. Había visto antes esa sonrisa, sabía que la había visto, pero el lugar permanecía enterrado en lo más profundo de su interior.

—No me importa esperar aunque dudo que tú desees perder un solo momento más —declaró con un profundo acento griego—. Has vivido ya demasiadas vidas esperando, pagando una penitencia que nunca te correspondió. La culpa nunca fue una buena compañera para el alma.

—¿Disculpe?

Su sonrisa se amplió.

—Asterión te espera —le informó.

Enarcó una ceja.

—¿Ese nombre tiene que decirme algo?

—Debería —se encogió de hombros—, debería significarlo todo.

—Pues no me suena, la verdad.

Se echó a reír.

—¿Vas a intentar convencerme que has olvidado el pasado, *Arihadne*?

La forma en que pronunció su nombre, el modo en que la miró y el hacer referencia a su pasado la puso en guardia.

—¿Quién es usted?

—En esta época me conocen como Zeus Kouros —se presentó, tendiéndole la mano—, aunque tú me recordarás como el rey de tus dioses.

Miró su mano tendida, luego a él y se echó a reír a carcajadas.

—Vaaaale —se rió entre dientes—. ¿Quién de mis alumnos te ha pagado y cuánto?

Enarcó una ceja y retiró la mano.

—Posiblemente mis alumnos no tendrían tal inventiva —se llevó la mano al mentón—. Algún profesor, ¿quizá? ¿El director?

Él se limitó a mirarla y sonrió con afectación.

—Me esperaba un poco de resistencia, pero no tal despliegue de ironía, es un cambio interesante —comentó. Entonces chasqueó la lengua—. Te lo dije, ya no hay necesidad de esperar más. Me hubiese gustado poder hacer algo antes, pero mi hermano tiene unas ideas muy estrictas con respecto a las almas. Y entonces, el tiempo tampoco significa mucho para alguien como yo.

—Me he perdido por el camino…

Soltó un resoplido.

—Y esa es sin duda una gran analogía.

Se acercó de nuevo a la mesa y, antes de que pudiese evitarlo cogió su mano. Abrió la boca para protestar y amenazarle si era necesario, pero una única palabra la dejó sin respiración.

—Recuerda.

Nunca volvería a mirar igual las noticias sobre shocks eléctricos y sus peligros, ese hombre había hecho que lo viviese en primera persona, friéndole el cerebro en el proceso.

Maldito fuera, tenía que haber una mejor forma de traerla de vuelta y hacerla recordar, pero el señor *«soy Zeus, señor omnipotente, dios de los dioses»* lo hacía todo a su manera sin importar freír cerebros en el proceso. Juraría que todavía oía como sus neuronas colisionaban unas contra otras en pleno cortocircuito.

Sí, ese hombre tenía una manera única de hacer las cosas y de conseguir que ella lanzase a la mierda toda su vida para dedicarse a buscar al único hombre al que su alma nunca había olvidado.

Se lamió los labios y echó un nuevo vistazo a su alrededor. La mayoría de los turistas se dirigían hacia la Sala del Agua, el único lugar de todo ese complicado sistema de cuevas en el que goteaba el agua. Se unió al nutrido grupo, manteniendo una distancia prudencial, y repasó de nuevo el plan que la

había conducido a aquel lugar.

—¿Conoces el laberinto de cuevas próximo a Gortina?

Por supuesto que lo conocía, algunos iluminados creían que podía ser el verdadero lugar en el que se hubiese emplazado el laberinto del Minotauro.

—Allí no estaba el laberinto —replicó con palpable desprecio—. Deberías saberlo, estuviste en él… O eso creía Asterión.

Él se limitó a esbozar esa irónica sonrisa que empezaba a ponerla de los nervios.

—No, no lo estuvo, pero era un lugar simbólico para mí.

Se llevó la mano al mentón.

—Déjame adivinar, fue dónde te tiraste a Europa.

—Un poquito de respeto hacia tus mayores, querida mía.

Resopló y entrecerró los ojos, no tenía tiempo para esas estupideces, no ahora que había despertado y que su alma gritaba por su otra mitad.

—Asterión, *Majestad*, dónde está.

—Puedes llamarme Padre, después de todo eres el alma gemela de mi hijo.

—Ni lo sueñes.

—Sigues siendo igual de irritante en esta vida de lo que lo eras en la anterior.

Apretó los dientes.

—Mi esposo, Zeus —insistió, dejando claro quién era el hombre para ella—. ¿Dónde está?

Sonrió de soslayo.

—Donde creyó que podría quedarse contigo y que nadie jamás os separaría de nuevo.

Y sin duda las cuevas de Gortina, conocidas en griego como *Labyrinthos*, ofrecían en aquel entonces esa función. Aún hoy provocaban la sensación de encontrarte en un lugar oscuro y peligroso en el que sería fácil perderse.

Sacudió la cabeza haciendo sus peregrinos pensamientos a un lado, no podía continuar lloriqueando, ni maldiciendo a los dioses por el aciago

destino al que se habían visto abocados. Ya se había desquitado pegándole a Zeus con una de sus zapatillas deportivas antes de usar su americana como pañuelo multiusos.

No recordaba haberse vuelto tan bipolar y en tan poco tiempo como lo había sido ella en ese momento.

—Debes ir a él, cumple tu promesa, Ari —pronunció el diminutivo de su nombre, la forma en la que le llamaban en la actualidad—. Asterión ha estado esperando más de un milenio a que lo hagas.

Sus palabras le encogieron el estómago. No podía hacer referencia a lo que pensaba, los dioses no podían ser tan crueles.

—¿Qué quieres decir?

Para su sorpresa, Zeus pareció realmente afectado por lo que estaba a punto de decir.

—Tú decidiste abandonar la vida y buscarlo vida tras vida, reencarnación tras reencarnación, pero él es un semidiós, mi hijo, ha dormido mil vidas esperando a que tú volvieses a él, esperando tomar tu mano para

abandonar el único lugar en el que, de algún modo, se siente seguro.

Había deseado gritar, había querido pegarle de nuevo, maldecirlo por su crueldad, pero sabía que Asterión posiblemente se lo habría pedido, que ese era su deseo.

Se lamió los labios y se preparó a sí misma para la tarea que tenía por delante. Debía entrar de nuevo en el laberinto y, esta vez, volver con su Minotauro.

No le abandonaría de nuevo, no dejaría que los Dioses jugasen de nuevo con ellos, no le traicionaría involuntariamente… Esta vez, ella y solo ella entraría a buscarle.

DÓNDE ESPERA LA MUERTE

Gortina.

Recordaba a su padre, el rey Minos, venir aquí para pedir consejo a los Dioses. En aquellos días abandonaba el palacio durante dos o tres días, en la más estricta soledad, y cuando volvía lo hacía pletórico, lleno de entusiasmo e impartiendo órdenes que debían ser seguidas a pies juntillas.

Sus recuerdos de aquella época estaban desdibujados, era tan solo una niña la primera vez que él se había marchado y, la siguiente, mucho más nítida en su mente, había marcado también un cambio en su vida.

Se estremeció al recordar aquella noche, cuando con solo catorce años, se había adentrado en las entrañas del palacio. La inquietud y el cambio en la rutina que los previos días se había instalado entre las paredes de su hogar habían tenido el punto álgido ese día. Los sirvientes parecían haber desaparecido

después del anochecer, su ama la había llevado incluso antes de lo acostumbrado a dormir e incluso la había encerrado en sus aposentos.

Pero si había alguien que conocía cada uno de los secretos del palacio era Arihagne, se había pasado toda su infancia correteando por los corredores, jugando en sus pasadizos, convirtiendo en su propio secreto esos que guardaban las paredes y no le resultó difícil abandonar su habitación y saciar por fin su curiosidad.

Los secretos antes o después salen a la luz. Aquella era una regla no escrita y que siempre acababa confirmándose, especialmente cuando pretenden ocultarse bajo las narices de todas las personas.

Ella sabía que no todo era luminoso en su hogar, no solo era una hija ilegítima, despreciada por sus hermanastros, sino que su padre no era el hombre amoroso y recto que había creído de niña.

Podía hacer como si no pasase nada, como si bajo

sus propios pies no desapareciesen, año tras año infinidad de personas de las que nunca se volvía a saber.

El palacio en el que había hecho su hogar desde que era una infante de cinco años era una inagotable fuente de misterios, desde su intrincada construcción, llena de pasadizos que parecían conducir a paredes lisas, puertas que no eran puertas y habitaciones que engañaban a la vista siendo más grandes de lo que parecían, hasta los ocasionales lamentos que se escuchaban en las noches más oscuras, cuando la luna decidía mantenerse oculta o los estremecedores golpes que hacían retumbar las paredes de sus propios aposentos.

—¿Qué son esos ruidos, padre? —Solía preguntar de niña.

—Los lamentos de los condenados, los gritos de aquellos que van en contra de la sabiduría de tu padre, hija mía.

—¿Es verdad que hay un monstruo encerrado en

las entrañas del palacio?

—Un horrible monstruo, un ser con cuerpo humano y cabeza de toro que te devorará si no eres una niña buena y virtuosa —le aseguró con ese tono de voz que hacía estremecer su pequeño cuerpo—. Pero si eres obediente, si haces todo lo que te dice padre, ese monstruo permanecerá siempre encerrado dentro del laberinto y nunca te tocará.

—Seré buena y virtuosa, padre, nunca os desobedeceré.

Y no le había desobedecido, de niña había permanecido siempre en el círculo íntimo de sus niñeras, su madre, una ninfa, la había entregado sin mayores remordimientos a su padre para que fuese criada como una princesa cretense y había sido educada como una. Solo la reina Pasifae y sus dos hijos resentían su presencia, pero con el tiempo el resentimiento se había convertido en simple olvido. Para ellos, Arihagne no existía, no era alguien a quién valía la pena prestar atención. De hecho, la reina ni

siquiera parecía llevarse bien con su padre lo que la había llevado en más de una ocasión a preguntarse por qué no había elegido entonces a su madre como reina.

Pero su infancia había quedado ya atrás, la próxima estación cumpliría catorce inviernos y con ello llegarían nuevas tareas, nuevas responsabilidades. Como princesa de Cnosos, no podía seguir ignorando las cosas que pasaban entre esas paredes, no podía hacer como si no oyese los lloros y los desesperados alaridos que parecían teñir esa noche en el palacio, como lo habían hecho nueve años atrás, mientras los soldados llevaban a una septena de hombres y mujeres hacia una área en lo más profundo de la construcción que nadie osaba visitar; la entrada del laberinto, el lugar en el que quién entraba no volvía a salir.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, se deslizó a través de los pasillos, se pegó a la pared notando su frialdad, el tacto duro y fresco de los mosaicos que cubrían cada centímetro de extensión y

agudizó el oído en busca de esos sonidos que la habían despertado y hecho abandonar su protegida y cálida cama. Sin embargo, el silencio era la única consigna, el eco de sus pisadas era el único sonido que la acompañaba en su progreso a través de los interminables e intrincados pasillos llenos de vueltas y giros que conocía como la palma de la mano.

Uno a la derecha, dos a la izquierda, el próximo corredor hasta el final, un nuevo giro hacia la izquierda y, salido de la nada, rompiendo el asfixiante silencio, llegó un alarido femenino que hizo que todo el vello de su cuerpo se le pusiese de punta.

—¡Piedad! ¡Piedad!

La voz se hacía cada vez más cercana, un tropel de pasos parecía seguir a la voz en su dirección y Arihagne fue incapaz de hacer otra cosa que permanecer allí, de pie, congelada por el miedo y la expectación.

—¡Detenedla! ¡Si escapa, el rey Minos nos enviará a todos nosotros al laberinto en su lugar!

Nuevos gritos, algo que pareció sonar como golpes y, finalmente, la silueta de una mujer vestida con una túnica oscura emergiendo al final del pasillo, enmarcada por el brillo mortecino de la tea anclada a la pared. Sus ojos se encontraron durante un breve instante y al hacerlo, los labios femeninos se abrieron, al tiempo que estiraba un brazo en su dirección en un desesperado grito de ayuda que nunca llegó a emerger de sus labios.

La hoja de una espada salió desde su vientre, un sonido succionante que emergió teñido de rojo un instante antes de volver a desaparecer.

Arihagne se pegó a la pared, cubriéndose la boca con las manos, sofocando un grito y la bilis que subió a su garganta con una única intención; vaciar toda la cena. Contuvo la respiración, dejó que las sombras la engullesen mientras observaba como el cuerpo de la mujer caía al suelo y, un instante después, el hombre que portaba la ensangrentada espada y otro soldado, cogían el cuerpo cada uno por un brazo y lo

arrastraban de vuelta.

—Malditos griegos…

Ahogó un lloro, horrorizada por la muerte que acababa de presenciar, sus ojos clavados todavía en la mancha oscura que había teñido el suelo; sangre, sangre de una víctima inocente.

Le temblaron las piernas, todo su cuerpo se estremeció mientras los ojos se le llenaban de lágrimas y entonces, aquel horrible sonido sacudió las paredes, estas parecieron temblar y el polvo cayó del techo.

—¡Daos prisa! Quiero acabar con esto y no volver a bajar aquí jamás

Un nuevo golpe sacudió las paredes, lo sintió en todo su cuerpo pegada como estaba a la pared, miró hacia atrás, el lugar por el que había venido, aquel por el que debía volver, pero no podía moverse, era incapaz de dar un solo paso en ninguna dirección.

Cerró los ojos y se quedó allí, inmóvil, escuchando y rogando a los dioses que aquello terminase, que se tratase tan solo de una pesadilla y despertase de nuevo

en su cama. El paso del tiempo la obligó a enfrentarse a la realidad, estaba despierta y la pesadilla no acabaría jamás.

Siete hombres jóvenes, en lo mejor de la vida, algunos mancebos bien apuestos, viriles y todos ellos inocentes. Su único crimen era pertenecer al pueblo ateniense, el enemigo acérrimo de su padre. Y las mujeres, seis níveas hembras se acurrucaban unas contra otras, sollozando, embriagadas por el miedo, sabiendo aún sin haberlo visto que detrás de aquellas puertas cerradas se encontraba la muerte; aquella que ya había encontrado la criatura que yacía en el suelo, tirada como si fuese un fardo, a un lado de la puerta.

Los soldados los rodeaban con sus espadas, preparados para atacar si alguno encontraba el arrojo de enfrentarse a ellos en un intento de eludir el destino que los esperaba, tan nerviosos que no dudarían en lanzarse al ataque ante la más mínima provocación.

El sonido de las hojas de las enormes puertas que

cerraban el laberinto resonó en el estrecho pasillo, los sollozos se convirtieron en alaridos, los jóvenes, que habían mantenido cierta compostura empezaron a temblar, sus rostros adquirieron un semblante de horror al mirar a aquella oscura boca que se abría tras las puertas. Uno de los soldados echó un vistazo al interior, sin atreverse a entrar, cogió una tela del soporte de la pared y lo balanceó en el interior alejando las sombras, aunque posiblemente, lo que buscaba era la tea anclada en la pared, apagada, esperando a ser encendida.

Tardó en conseguir que el fuego mordiese la antorcha, una suave y titilante luz se vertió mostrando una pared pulida, libre de los frisos o mosaicos que solían encontrarse a lo largo del palacio y entonces, el mismo hombre hizo un gesto a sus compatriotas y, cercando a los prisioneros los empujaron u obligaron a entrar en el lugar, disuadiendo cualquier ataque de terror con sus espadas, infringiendo heridas que necesitarían la atención del sacerdote para poder

curarse.

En pequeños grupos, solos, arrastrados por el pelo y lanzados en su interior, todos los atenienses cruzaron las puertas, penetrando en el laberinto y adentrándose en la oscuridad.

Arihagne dio un paso adelante, luego otro, a pesar del temor irreverente que azotaba su cuerpo, su mente se resistía a retirarse, quería verlo más de cerca, quería ver si realmente había algo como un monstruo en el interior de aquel lugar. Poco a poco las puertas se hicieron más cercanas y, entonces, sus pequeños pies calzados con sandalias tocaron algo, bajó la mirada y se le detuvo la respiración cuando unos ojos que ya no veían la miraron fijamente.

Soltó un alarido, fue incapaz de retener su voz, sus pies trastabillaron intentando echarse atrás solo para chocar ahora con algo más.

—¿A dónde crees que vas?

Se le secó la boca incapaz de responder, se encogió ante el brusco contacto del soldado que le aferraba el

brazo.

—¿Pensabas que podías escapar?

Agitó la cabeza incapaz de hacer otra cosa, pero aquello no le disuadió. Tiró de ella, arrastrándola hacia aquella oscura entrada, obligándola a entrar mientras otros soldados salían a toda velocidad.

—Cerrad, cerrad de una maldita vez.

Escuchó su voz, vio su rostro una sola vez y entonces se encontró del otro lado de la puerta, una tea ardiendo caía a sus pies y las puertas se cerraban de nuevo con el mismo sonido de arrastre con el que se habían abierto hasta quedar totalmente selladas.

—No jadeó y se lanzó hacia estas—. No, no, no. ¡Abridme! ¡No podéis dejarme aquí! ¡Soy Arihagne! ¡Soy la princesa!

Su voz, al principio vacilante cobró altura y lo que empezó de forma vacilante se convirtió en un grito desesperado.

—¡Abrid! ¡Abrid ahora mismo! ¡Soy la princesa! ¡La princesa! ¡Soy Ari…!

Su voz quedó apagada por un horrible bramido que reverberó haciendo un brutal eco a su alrededor, se tapó los oídos, se giró sobre sus pies y miró más allá, hacia la negrura, el lugar de dónde había venido aquel sonido.

—Oh, gran Poseidón, ayúdame, por favor, ayúdame.

Se llevó las manos al pecho y se apretó aún más contra las duras puertas.

¿Qué había hecho? ¿Cómo había podido pasarle aquello? Había sido encerrada en el laberinto con una bestia que la devoraría.

Ari sacudió la cabeza y luchó para hacer a un lado esas imágenes que amenazaban con volver a penetrar en su presente, trayendo el pasado y una vida que había quedado atrás. El corazón le latía desbocado, recordando el miedo, la sensación de impotencia, miró a su alrededor y se percató de que se había apartado

del grupo de turistas y había seguido avanzando, internándose en la oscuridad y peligrosidad de un lugar en ruinas, dónde la oscuridad se hacía más y más asfixiante. Las imágenes en su mente, demasiado nítidas le provocaron una especie de *déjà vu* que estuvo a punto de hacerla gritar, pero ahora ya no era esa niña, no vivía en aquella época y sabía que, en este laberinto, no existía monstruo alguno.

—Respira y tranquilízate —se instruyó a sí misma mientras palpaba el bolso de bandolera que llevaba sobre la cadera y sacaba una pequeña linterna azul de bolsillo.

Al momento el haz de luz iluminó en línea recta, creando juegos de sombras a su alrededor y trayendo consigo un pequeño respiro.

—De acuerdo. —Tomó una profunda respiración y miró a su alrededor—. No tengo mi ovillo y, dado el estado de esto, si no tengo cuidado terminaré posiblemente bajo un derrumbe de rocas. Sí, es sin duda una perspectiva de lo más alentadora.

Se limpió el sudor de la mano libre en la chaqueta y extendió a continuación el brazo para tocar la pared. La arenilla se desprendió al momento, un palpable recordatorio de que se estaba jugando la vida.

Y sin embargo, ¿qué era la vida cuando carecía de aquello que le daba significado? Esos últimos días, por primera vez en toda su existencia, comprendió porqué era incapaz de enamorarse, por qué sus relaciones con los hombres habían sido un completo desastre… Su corazón ya le pertenecía a otro.

—Ya voy, Asterión —murmuró en voz baja, apretando los dedos alrededor de la linterna—. Esta vez no dejaré que nadie haga lo que debería haber hecho yo misma desde un principio. Nadie volverá a traicionarte.

EL HIJO DE CRETA

La oscuridad y el silencio habían sido la consigna durante los últimos mil años, Padre le había prometido que nadie perturbaría su descanso, que nadie penetraría en el laberinto, que nadie perseguiría al Minotauro. Para todos, un héroe había acabado con la bestia, había liberado a Creta de la cruel tiranía de una bestia y ensalzado el nombre de la princesa Arihagne como instrumento de la victoria.

Mentiras, falsedades, medias verdades, aquello que mejor se les daba a los mortales y que los dioses secundaban sin dudar si con ello obtenían lo que deseaban.

Lejos, en el olvido quedaba la verdad, aquella que nació de la vergüenza, que fue oculto por la desidia y estigmatizado por la codicia y el poder, una que le convertía a él en la bestia que habitaba en el laberinto y a quién se le dio el nombre de Minotauro.

Asterión bajó la mirada con gesto adusto y

contempló la muerte misma ante sus pies. Ladeó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro sintiendo el peso de las astas en su cabeza, de la piel que lo protegía del frío, levantó el mentón y olfateó. Muerte, muerte por doquier y ese aroma a sangre que le revolvía las tripas. Contempló esos ojos sin vida que lo miraban, permaneció allí de pie, a salvo de las interminables trampas que se escondían en aquellos interminables pasillos buscando entre los cadáveres algo que pudiese añadir a su exigua colección.

Las teas todavía llameaban en el suelo, creando sombras sobre las lanzas que habían atravesado a los pobres incautos. Tres machos y dos hembras, cinco bajas de las muchas más que habría antes de que se consumieran las llamas de esas antorchas.

Había escuchado el sonido del Inframundo abriendo sus puertas, enviando a través de ellas a las almas que debían ser entregadas a Hades y luchó con la necesidad de ver a alguien más ahí abajo, alguien cuyo corazón latiese. Desde que su padre había

abandonado este mundo, estaba solo, tan solo que se le había olvidado hasta la manera de hablar.

«Escóndete, Asterión, no te dejes ver o te matarán».

Bajó la cabeza y subió una mano para acariciar una de las astas que salía del cráneo de su padre, su piel era lo único que había permanecido después de que el toro blanco dejase este mundo.

«Fuiste engendrado por el Toro de Creta, o gios mou[1]*, eres hijo del pecado y la aberración».*

Apenas recordaba a su madre, la única hembra con la que había tenido contacto, con quién había pasado los primeros años de su vida. Ella siempre le contaba la misma historia, cómo había caminado por el prado, enfatuada con un toro blanco de exquisita belleza y como este, adquiriendo forma mortal, se había apareado con ella, engendrándolo a él.

«Eres hijo de tu padre, tan hermoso, tan viril… Se lo dije, se lo dije al rey, esto es cosa de los Dioses, por culpa de su egoísmo».

No había entendido que había querido decirle

entonces y tampoco había sido capaz de obtener una respuesta después, cuando lo arrancaron de sus brazos, le privaron de visión y lo dejaron solo en ese enorme lugar lleno de peligros.

Nunca había vuelvo a verla, al principio la había añorado, había llorado por su ausencia, pero en la oscuridad y en la soledad de aquel lugar, todo dejaba de tener sentido y el olvido se había adueñado de su rostro y su voz.

Solo había tenido a su padre e, incluso entonces, había sentido miedo de él.

«¿Eres tú, patera[2]*?».*

El toro había aparecido trotando, piafando, arrastrando las pezuñas en el suelo, lo había visto con esos ojillos enfebrecidos y había bramado aterrorizándolo para luego cargar hacia él.

«¡Patera!».

Su grito había reverberado en el estrecho pasillo haciendo que el astado se detuviese al llegar a él, una montaña de animal ante un niño pequeño. Piafó

encima de él, calentándolo con su aliento, entonces escuchó su voz en la cabeza, un sonido que no era humano y que sin embargo entendió.

«Asterión».

Había pronunciado su nombre, el nombre por el que lo llamaba su madre, el único que le habían dado alguna vez. Solo había dicho eso, entonces había dado media vuelta y había echado a correr de nuevo, dejándolo allí, llorando por todo lo que había dejado atrás.

Él había sido su compañía, su protector y su sustento en aquella negrura en la que a menudo quedaban sumidos, solo cuando las puertas se abrían y entraban las almas de los condenados recuperaban algo de luz.

«No te dejes ver, Asterión, los mortales nunca entenderían qué eres, te rechazarían e intentarían matarte».

Cada vez que escuchaban ese sonido de arrastre su padre lo empujaba hacia el centro del laberinto, lo

obligaba a quedarse allí donde los sonidos de las trampas y los alaridos de los condenados no eran escuchados. Cada vez que eso ocurría su padre volvía con comida para él, bolsas de arpillera que contenían viandas con las que apaciguar su encogido estómago. A veces el hambre hacía que se volviese loco y empezaba a gritar, a golpear las paredes, otras lo dejaban sin fuerzas y todo en lo que podía pensar era en dormir y engañar así al hambre.

«El hambre es solo un estado mental, gios[3]*, eres un semidiós, no morirás de inanición».*

No, no había muerto por la falta de comida o agua, pero la locura a menudo estaba cerca, al alcance de sus dedos, como lo había estado el día en que su padre no despertó.

«¿Patera? Patera despierta».

Pero no había despertado, nunca había despertado. Su cuerpo se había ido consumiendo, se había vuelto frío y, con el tiempo había empezado a desprender un pestilente olor que había hecho que durmiese lejos de

él.

Se había ido, la comprensión penetró poco a poco en su mente, se había ido como todas esas almas y se había quedado totalmente solo. La negrura penetró en su mente y le robó la cordura, golpeó las paredes, bramó hasta quedarse afónico y cometió el más atroz de los actos, uno del que solo se dio cuenta cuando despertó, envuelto en la piel de su padre, la misma de la que no se había desprendido desde entonces.

Echó un último vistazo a las almas que ya habían ido a la orilla del barquero, a esperar a Caronte y eligió uno de los corredores libres de trampas, había llegado el momento de recorrer sus dominios y asegurarse de que todos los vivos habían pasado ya al otro lado.

Dejó que los recuerdos se diluyeran, que la vida que había vivido quedase atrás e intentó concentrarse en el motivo que lo inquietaba. Algo había perturbado su descanso, alcanzando su conciencia en los campos de Morfeo, pasando más allá del efecto *sueño estigio*

que le había entregado Zeus y atrayendo de forma inadvertida su atención.

«¿Quién eres?».

La pregunta hizo eco en su mente.

«¿Por qué interrumpes mi descanso?».

No quería despertar, no deseaba enfrentarse de nuevo a ese dolor, a la desesperación que traía consigo la traición, a la rabia que surgía de la imposibilidad de cambiar el destino y evitar la muerte de la persona amada.

Notó que volvía a faltarle el aire, pensar en ella era recordar ese último momento en la playa, el grito agónico que le atravesó la garganta, la pérdida definitiva y la infinita culpa que anidó en su pecho.

«Mi Arihagne».

LA VOZ DEL LABERINTO

Asterión no podía olvidar esas joyas de color violeta que lucía por ojos, la cálida sonrisa que siempre encontraba en sus labios. Ella había sido todo en su vida, la única que se había atrevido a entrar en el inframundo y enfrentarse a la bestia.

Sí, eran los ojos violetas más intensos que hubiese contemplado jamás, con un rostro limpio, impoluto, labios rosas y un pelo tan sedoso que parecía tener vida propia. Él se la quedó mirando sin comprender que hacía ella allí, sin saber si estaba viendo a alguien vivo o se trataba de un alma en tránsito. Llevaba una túnica clara que rebelaba cada centímetro de su cuerpo, la tea que portaba en una mano derramaba su luz sobre su figura mientras creaba sombras contra la pared más cercana.

Vio como esos ojos empezaban a abrirse más y más, el horror reflejándose en sus iris mientras sus labios se separaban y escapaba de su garganta un

potente alarido. Giró como un rayo, la tea voló de su mano y cayó al suelo con un sordo sonido antes que esos pequeños pies girasen sobre sí mismo y emprendiesen una enloquecedora huida.

Apenas tuvo tiempo de emitir un bajo gruñido antes de abalanzarse sobre ella, coger un puñado de la tela de su túnica y extender la otra mano para empujarla contra la pared, cubriéndola con su cuerpo mientras el infierno estallaba ahora a su alrededor en la forma de cientos de pequeños aguijones de hierro que se incrustaron en la pared, el suelo y todo lo que encontraron a su alcance. Sintió el aguijón en su piel, penetrando en su carne, el dolor atravesándole como un ramalazo de fuego allí dónde la piel de su padre no le cubría, pero no cedió un centímetro, se mantuvo quieto hasta que el silbido a su alrededor cedió. Solo entonces se permitió echarse atrás, bajar la mirada y encontrarse con esas dos esferas violetas, mirándole fijamente, el terror todavía presente y también algo más, algo que no supo cómo interpretar. Ladeó la

cabeza, contemplándola, comprendiendo ahora que ella no era un espíritu, sus dedos tocaban uno de sus brazos desnudos y la sensación era tan extraña como extasiante. Dio un paso atrás y el dolor le atravesó la pantorrilla haciendo que perdiese pie y acabase con una rodilla en el suelo. Un rápido vistazo mostró uno de los clavos atravesándole la pierna, otro insertado en la parte posterior del muslo, la sangre corriendo ya en un hilo rojo sobre la sucia piel. Lo arrancó de un tirón, primero uno, luego el otro y los lanzó al suelo dónde repicaron al unirse a los demás.

—Es… estás herido.

Una voz. El sonido de algo tan ajeno para él que le hizo daño en los oídos. Levantó la cabeza de golpe y el movimiento hizo que al astado que cubría la suya se deslizase hacia atrás, dándole un margen mayor de visión.

Ella era menuda, delgada, tanto que no sabía ni cómo podía aguantar de pie, esos labios rosas parecían dispuestos a seguir moviéndose, pero, sus ojos, esos

que tanto le habían impactado caían ahora sobre su mitad inferior, sobre el hilo de sangre que le manchaba la pierna.

—¿Cómo has sabido…? —Ella volvió a levantar la mirada y jadeó, llevándose la mano al pecho mientras lo contemplaba—. Tú… tú eres… eres humano… —le recorrió, fijándose ahora en la piel con la que se envolvía—. Eres… eres un hombre…

Ladeó la cabeza. ¿Qué esperaba acaso que fuese?

Se lamió los labios, hizo un par de gestos raros y entonces escuchó el sonido de la tela de la túnica al rasgarse. Esas pequeñas manos se esforzaban, ayudadas de sus dientes, para hacer jirones el material con el que se vestía y, cuando obtuvo el resultado que deseaba, avanzó hacia él, arrodillándose delante de sus pies y llevó sus manos hacia su pierna herida.

Retrocedió de inmediato, impidiéndole tocarle.

Ella levantó la cabeza, se encontró de nuevo con esa mirada hechicera.

—Estás herido —repitió señalando ahora la sangre

de su pierna y luego la improvisada venda—. Solo quiero ayudarte. Como tú me has ayudado a mí.

Ladeó una vez más la cabeza, escuchar su voz era algo de otro mundo, podría quedarse ahí, sin hacer otra cosa que oírla hablar. Vio como volvía a acercar la tela a su pierna y se mantuvo quieto o tan quieto como pudo al sentir el contacto de otro ser vivo.

—Hah… —De su boca escapó algo parecido a un sonido, el primero en mucho, muchísimo tiempo.

—Lo siento, pero si no lo aprieto, seguirá sangrando.

Habla, por favor, solo habla.

Quería que siguiese haciendo eso, solo eso, que no se detuviese, pero ella parecía preferir concentrarse en su autoimpuesta tarea. Cortó otro trozo de tela y la añadió a la herida superior, provocándole un estremecimiento y el dolor hizo que la empujase sin pensar, haciendo que cayese sentada en el suelo.

Volvieron a mirarse, su expresión cambió de nuevo a un incipiente temor. Le tenía miedo, había escapado

nada más verle como habían hecho tantos y tantos otros durante toda su vida.

«¿Por qué huyen de mí, padre?».

Demasiadas veces había hecho esa pregunta y su padre siempre había tenido la misma respuesta.

«Huyen de lo que más temen, Asterión, huyen de su propio miedo».

Miedo, el que siempre encontraba en aquellos que se atrevían a mirarle a los ojos, el que veía incluso en esos rostros de las almas que habían pasado ya al otro lado, una emoción que despertaba en todo el mundo y para la que no encontraba explicación.

Ella también me teme.

Y ese miedo estaba allí, en sus ojos. Dio media vuelta y echó a andar sorteando los aguijones de metal que se habían incrustado en el suelo. De nada servía quedarse cuando la mujer se iría también en algún momento.

—Arihagne.

Su voz sonó ronca, granulada, el aire penetró por

primera vez en mucho tiempo en su garganta, accionando sus pulmones, pero no fue suficiente para traerle de vuelta.

«Todavía no, no hasta que ella vuelva a mí».

No volvería a sufrir innecesariamente, no abriría los ojos y volvería a la vida hasta que ella cumpliese la promesa y la encontrase esperándole fuera del laberinto.

EL DURMIENTE DE GORTINA

La humedad se hacía más y más presente a medida que se internaba en las entrañas de aquel laberinto de cuevas, había pasado el punto en el que los arqueólogos apuntalaban y señalaban la peligrosidad de las estancias, recorrido más extensión de la que posiblemente habían cubierto y, ahora estaba completamente segura, llegado a una sección del entramado subterráneo que nadie había pisado en varios cientos, sino aún más, años.

El aire se hacía más pesado, la falta de respiraderos podía suponer un serio problema para ella si continuaba descendiendo sin el equipo adecuado. Lo último que quería era terminar desmayada en algún corredor, privada de oxígeno, diñándola antes de cumplir con su autoimpuesta tarea.

Palpó el área de sus caderas buscando el teléfono móvil que llevaba embutido en el bolsillo delantero del pantalón, lo sacó y arrugó la nariz.

—Sin señal —suspiró—. Sería un milagro que hubiese cobertura aquí dentro, vamos, como para pagarle un plus a la operadora por conseguir lo imposible.

Y no solo no había señal, comprobó con asombro, llevaba allí dentro casi dos horas y media.

—¿A dónde se me ha ido el tiempo?

Había volado, literalmente y el no haber encontrado todavía lo que había venido a buscar empezaba a resultar preocupante.

Miró una vez más a su alrededor. Delante el corredor avanzaba hacia abajo, por detrás quedaba la bifurcación que había tomado, no tenía muchas opciones entre las que elegir, así que siguió adelante. Se obligó a respirar más despacio, a mantener a raya su nerviosismo y también los recuerdos que la devolvían a una época oscura, a otro laberinto muy distinto en el que decían existía la muerte, pero lo que encontró fue algo totalmente distinto.

Arihagne no podía quitarse de la cabeza la imagen

de su rostro y lo que había visto en esos ojos. Su primera impresión había sido de horror, las palabras de su padre replicándose en su mente, creando esa imagen dantesca y horripilante, un ser con cabeza de toro y cuerpo de hombre, el Minotauro. Había temido por su vida y había reaccionado de la única manera posible, corriendo y entonces, él la había atrapado, empujándola contra la pared mientras un ensordecedor sonido reverberaba a su alrededor. La había salvado, de un modo altruista, la bestia la había salvado quedando herido en el proceso.

Pero él no era una bestia. Debajo de esa piel de animal había un hombre normal, un rostro en el que unos ojos pardos la miraban con una atención casi infantil, en el que, incluso en la penumbra de la luz de una tea había visto el rastro de cicatrices oscureciéndole y desfigurándole parte de la mejilla izquierda y el mentón. Pero no era repulsión lo que le había provocado, sino pena, especialmente cuando le empujó, haciéndola caer y su rostro se oscureció con

algo parecido a la resignación para finalmente dar media vuelta y marcharse en silencio.

Su reacción fue igual de inmediata, se levantó de un salto, recogió la tela todavía ardiente del suelo y corrió tras él. En su actual situación era mejor su compañía que la soledad de aquel oscuro laberinto, nadie había respondido a sus gritos y empezaba a sospechar que nadie lo haría.

—Espera, por favor…

Él no aminoró la marcha, ni siquiera con la leve cojera que acusaba su caminar, era como si fuese inmune al dolor, como si las heridas que había recibido no importasen. Sus pasos resonaban sobre el suelo creando el retumbar de un sordo tambor, el mismo sonido que había escuchado desde su alcoba tantas veces a lo largo de los años.

—Eras tú… —murmuró para sí, sorprendida y sobrecogida al mismo tiempo. Él continuó su camino, giró a la izquierda en la próxima intersección, luego a la derecha y dos veces más a la derecha—. El camino

parece ir en descenso, nos estamos adentrando más y más en el interior de esta peculiar construcción.

Una que, al parecer, estaba llena de trampas.

—Los otros —murmuró deteniéndose en seco, levantó la mirada y, una vez más, corrió para darle alcance—. Había otras personas, siete hombres y seis mujeres. ¿Les has visto? Deben haberse perdido… Al principio escuché sus gritos, pero después…

¿Y si han caído en una de esas trampas? Pensó con repentino horror, *¿acaso este es el motivo por el que nadie salga nunca del laberinto? ¿Qué quién entre en su interior se enfrente a la muerte?*

Corrió una vez más para darle alcance, llegó justo a tiempo para verle desaparecer doblando una esquina hacia la izquierda, si no estaba atenta, la dejaría atrás y allí sola, sin duda perecería.

Le dolían las piernas de seguir su ritmo, no estaba acostumbrada a correr y su zancada era casi el doble de la suya. En un desesperado esfuerzo se puso a la par y envolvió un duro y musculoso brazo con sus

pequeñas manos.

—¡Espera! —Clavó los talones en el suelo, pero su esfuerzo no fue necesario. En el momento en que lo tocó él se detuvo en seco, esa enorme y grotesca cabeza de toro que cubría la suya giró en redondo y sintió su mirada.

Apartó la tea lo justo para no quemarle y dejó que la luz iluminase una vez más sus rasgos, eliminando así la sensación de estar al lado de un grotesco monstruo.

—Por favor, no puedo caminar tan rápido como tú —resolló sin apartar la mano de su brazo por miedo a perderle de nuevo—. Tienes que ir más despacio.

Él ladeó la cabeza haciendo que esa inhumana capucha se inclinase hacia el mismo lado. La miraba absorto, no parecía sorprendido, ni asustado, parecía mirarla simplemente, mirar… sus labios.

—Puedes entenderme, ¿verdad? —preguntó entonces—. Comprendes mis palabras.

Sus ojos abandonaron su boca y se encontraron con

los suyos.

—Los otros, personas como tú y como yo…

Sus rasgos cambiaron ante sus palabras, arrugó la nariz y negó con la cabeza, el primer signo de comunicación.

—¿No? ¿No los has visto?

Se lamió los labios, un gesto tan inocente y al mismo tiempo tan sensual que despertó un inesperado cosquilleo en su estómago. Levantó el brazo al que se había sujetado y vio como lo movía en dirección al lugar por el que habían venido.

—¿Los has visto? ¿Están por allí?

Sus labios empezaron a moverse, parecía querer decirle algo, pero las palabras no surgían. Sonidos ininteligibles brotaron de su garganta, alguno creyó reconocerlo como una vocal suelta, pero no eran palabras.

—No puedes hablar, ¿es eso?

La frustración pareció cubrir su rostro, bajó la cabeza y esa horrible máscara bajó en el proceso

cubriéndole la cara.

—¿Qué te han hecho? —murmuró más para sí misma que para él.

No podía evitar sentir lástima por él, preguntarse cuánto tiempo llevaba ahí dentro, si su mente estaría dañada. Y más importante aún, ¿de dónde había salido ese grotesco manto?

Miró a su alrededor, empezaba a dolerle el brazo de sujetar la antorcha, pero no se atrevía a cambiarla de mano por temor a que, al soltarle, él la dejase sola.

—Si están aquí, es posible que estén perdidos…

Un bajo bramido resonó haciendo eco en los solitarios pasillos, levantó la cabeza con gesto aterrado y se dio cuenta de que el sonido había salido de él. Retiró la mano al instante, un gesto automático, pero él la atrapó en el último momento y, sin previo aviso empezó a tirar de ella desandando el camino que los había llevado hasta allí.

Le pareció que el trayecto de vuelta les llevaba menos tiempo aunque no llegaron a pasar por el lugar

en el que casi los asaetearon a ambos, sus pasos se detuvieron de golpe ante otro pasillo, uno estrecho en el que la muerte había hecho su hogar.

La bilis le subió a la garganta y, allí mismo, a sus propios pies, vomitó todo el contenido de su estómago.

Muertos, todos estaban muertos, ojos sin vida, bocas abiertas con horror, posturas imposibles sujetas por lanzas que atravesaban sus cuerpos y lo empapaban todo de sangre.

Gimió, el aire se negaba a entrar en sus pulmones, se arrastró hacia atrás, soltándose de su mano, escapando de la atroz y macabra pintura que se representaba ante sus ojos.

Siguió con arcadas, pero en su estómago ya no quedaba nada. No podía sacarse esa imagen de la mente y su presencia la torturaba de maneras inimaginables.

—Oh, Zeus —jadeó llevándose el dorso de la mano a la boca—, oh, Zeus…

Escuchó, más que vio, los pies de ese enigmático extraño avanzando de nuevo, abandonándola allí en medio del horror, aquello fue suficiente para que se levantase a trompicones, avanzase pegada a la pared, luchando por seguir y no quedarse allí a solas con la muerte.

—Espera… por favor, espera… —lloró ahora desesperada—. No me dejes aquí, te lo ruego…

Cuando pensaba que lo perdería, que no la esperaría, descubrió su figura al final del próximo corredor. Se le encogió el estómago, desde aquella distancia y envuelto en la penumbra veía al Minotauro, el ser que su padre había retratado, mitad hombre mitad toro. No era más que un espejismo provocado por las sombras y la piel que llevaba a modo de coraza, pero el miedo que infundía su silueta era demasiado real.

—Nadie sale del laberinto una vez que penetra en él, ¿verdad? —musitó obligándose a dar un paso, luego otro, siempre con la mirada puesta en esa

pesadilla que enfrentaba ahora—. Lo que se dice es cierto. No eres tú quién los devora, no son sacrificios los que se ofrecen para aplacar a los Dioses, es este lugar, esta construcción diabólica.

Se detuvo al llegar a su altura.

—Es el laberinto.

Volvió a ver sus ojos bajo la piel del toro, su mirada limpia, inocente como la de un niño.

—Entiendes mis palabras, ¿no es así?

Él asintió lentamente, tan despacio que casi podía habérselo imaginado en esa penumbra.

Extendió las manos hasta posarlas en sus brazos, había perdido la tea por el camino, pero él llevaba ahora una.

—Dime, ¿hay alguna forma de salir de este lugar? —preguntó con el corazón encogido—. Por favor, necesito volver a palacio, necesito volver…

Él se la quedó mirando en silencio.

—Soy Arihagne, la princesa Arihagne —insistió—. Yo no debería estar aquí, nunca debí venir aquí

abajo… Todo ha sido un error…

La cicatriz se hacía más profunda cuando arrugaba la nariz, contrayendo el rostro en una máscara igual de grotesca que la de la piel de Toro.

—A… rri…

El escuchar algo parecido a la palabra surgiendo de su boca la sorprendió y animó al mismo tiempo.

—Arihagne, sí —repitió esperando que su nombre, que su posición significase algo para ese hombre—. Tengo que volver a palacio, si no me encuentran en la mañana se preocuparán… Por todos los dioses, ni siquiera sé si es de día o de noche en este lugar.

Ajeno a su perorata él seguía intentando pronunciar algo que tuviese similitud con su nombre.

—A-rri-hag-ne.

Aquello era lo más parecido que podía llegar a pronunciar con esa voz oxidada, carente de uso. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí abajo? ¿Cuánto tiempo había estado en silencio, con la única compañía de sí mismo?

—Ayúdame, por favor —le suplicó aferrándose con más fuerza a sus brazos, el músculo que encontraba bajo sus dedos no correspondía con alguien que viviese encerrado toda su vida—. Tengo que salir del laberinto.

Volvió a lamerse los labios, la contempló durante unos momentos más y por fin se decidió a moverse. No sabía si le había entendido, si había una forma de salir de ese lugar, pero lo único que podía hacer por ahora era seguirle.

Aspiró con fuerza, las lágrimas le empañaban el rostro y le costaba llevar aire a los pulmones. Sentía tal agobio que no podía dar un solo paso más, se apoyó contra la pared, se rodeó con los brazos y luchó por sobreponerse a la congoja mientras pequeños hipidos escapaban entre sus labios.

Habían pasado mil años, pero para ella era como si hubiese sucedido ahora mismo, como si cada uno de esos malditos nueve años estuviesen allí, al alcance de la mano y pudiese traerlos al presente como si nada.

Pero, eso era el pasado, su vida ahora era otra, su presente era otro y tenía verdaderas dificultades para conciliar ambos. La Ariadne que había sido en el pasado no tenía nada que ver con la mujer que era ahora mismo, aunque sus inquietudes eran las mismas; liberar a un hombre de la prisión en la que se encontraba.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó su nombre, su desesperación hizo eco en las paredes, extendiéndose más allá, devolviéndole el sonido como si necesitase un recordatorio de su presencia en aquel lugar.

Las primeras arenillas se escurrieron bajo sus pies, otras cayeron sobre su cabeza y levantó la mirada hacia el techo, limpiándose los ojos con el dorso de la mano. Tenía que moverse, no podía quedarse allí quieta y lloriqueando, esos pasadizos eran peligrosos.

—Asterión —musitó ahora, pasándose las manos por el pelo con gesto desesperado—. ¿Dónde estás?

Optó por seguir adelante y rogó que aquella no se convirtiese también en su tumba.

MI LUZ EN LA OSCURIDAD

¡Asterión!

Su corazón dio un vuelco, abandonó su lento caminar y golpeó con mayor fuerza en sus pulmones, cada una de sus terminaciones nerviosas saltó a la vida, sus pulmones volvieron a recuperar su funcionamiento y su cuerpo, sumido en el sopor de aquella divina droga empezó a emerger de su letargo.

La oscuridad en la que estaba sumido empezó a resultarle asfixiante, la ausencia de luz no había sido un problema hasta que ella entró en su vida y le mostró que había más allá de la penumbra de una tea anclada a la pared. Su voz le había enseñado los colores de la vida, sus manos el calor que podían producir sobre un cuerpo, su presencia lo había alejado de la soledad y le había concedido el cariño y la ternura de la que lo habían privado. Encontrarla aquella primera vez había sido como volver a la vida.

Arihagne.

Ese nombre había resonado una y otra vez al igual que lo había hecho su voz. En aquellos días nunca se cansaba de escucharla. Era tan cálida, tan musical, ponía la nota de color en la oscuridad en la que llevaba tanto tiempo metido. Desde que padre se fue, las palabras habían dejado de tener importancia, pero ahora, ahora quería recuperarlas y pronunciar ese nombre que daba identidad. Quería decirle: *Yo soy Asterión*. Solo que iba a necesitar más que unos parcos sonidos para que ella le comprendiese.

Arihagne.

No, ella no debía estar allí, su luz era demasiado fulgurante para la oscuridad del Inframundo, ella pertenecía al mundo de los vivos, pero, ¿cómo devolverla a él?

Avanzó con paso firme, orientándose como siempre lo hacía, con los planos que ya estaban grabados en su memoria. Sus dedos se cerraban alrededor de la suave piel, un tacto que no olvidaría mientras los dioses le permitiesen seguir con vida. La

condujo más y más profundo, hacia las entrañas de aquel lugar, evitando los pasillos con trampas hasta alcanzar el centro de la laberíntica construcción.

La sala se abría ante él con una riqueza que contrastaba con la oscuridad de los previos pasillos. Mientras fuera todo era piedra gris y frialdad, aquí dominaban los mosaicos en las paredes, los frescos en el techo, escenas de batallas entre los dioses, le había dicho su padre una vez, un recordatorio de su divinidad. En el mismo centro se encontraba un óvalo de agua limpia que nunca se terminaba, una corriente en continuo movimiento que no permitía reflejarse, pero que calmaba la sed.

Cuatro entradas presidían cada uno de los lados, llevándote al intrincado laberinto, un jergón que siempre contenía paja limpia le servía de lecho en uno de los laterales, aquella era la entrada al mundo de los vivos, le había dicho su padre una vez, una que él debía custodiar.

—Esto es…

Las palabras de Arihagne lo hicieron de nuevo consciente de su presencia, soltó su mano con reticencia y colocó la tea en uno de los cuatro soportes de la pared que ya estaban encendidos. Ella se quedó quieta, jadeando por el esfuerzo de caminar y mirando a su alrededor como si no pudiese creer lo que estaba viendo.

—Esta habitación… —Giró sobre sí misma y empezó a caminar hacia una de las paredes—, los mosaicos, estas imágenes, los adoquines del suelo… Todo está como en el palacio.

La siguió con la mirada, sus palabras se hacían confusas, le costaba entender lo que decía, pero poco importaba. Allí, bajo la luz, ella era incluso más asombrosa de lo que había pensado. Su pelo era mucho más vibrante, su piel de un blanco inmaculado y esas gemas violetas en sus ojos no tenían parangón.

Sintió un tirón en la entrepierna, la boca empezó a llenársele de saliva y se sorprendió ante algo que no había experimentado antes.

—Es exactamente igual... o no —murmuró vagando de un lado a otro, mirando con atención a su alrededor—. Ese mosaico, la escena no es…

Dio un par de pasos atrás, poniendo distancia entre la pared y ella, suponía que estaba admirando la escena que representaba. Él la conocía de memoria, lo que representaba, cada uno de los trozos que la componían, dónde estaban más gastados los colores.

—Aquí. —La escuchó musitar y, acto seguido la vio abalanzándose contra la pared—. En el friso del palacio no aparece un toro blanco, sino un ganso.

Vio esos pequeños dedos recorriendo el diseño y, antes de que pudiese relacionar el sordo sonido que escuchó con el característico de las trampas existentes en ese lugar, la habitación empezó a girar, literalmente, sobre sí misma.

—A-rri-hag-ne.

Pronunció su nombre asustado, saltó hacia ella y la envolvió entre sus brazos, mirando frenético alrededor, esperando que algo malo ocurriese, que se

activase algún tipo de mecanismo.

«Presta mucha atención a cualquier sonido extraño, Asterión, y espera siempre lo peor».

La habitación dejó de girar tan repentinamente como había empezado, el óvalo del centro que siempre contenía agua comenzó a vaciarse y, al hacerlo, quedó a la vista una escalera en forma de caracol que descendía hacia la oscuridad, una a través de la que soplaba una suave brisa.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te has herido otra vez?

Dejó que sus brazos cayesen lentamente y ella pudiese dar un paso atrás, era tan menuda en comparación con él, tan frágil.

—¿Estás bien?

Su preocupación, la forma en que lo recorrió rápidamente con la mirada y las manos hicieron que diese un paso atrás, alejándose del desacostumbrado contacto.

Asintió lentamente y miró de nuevo hacia el lugar

dónde había estado el agua.

—¿Qué es eso? —No pudo detenerla, en un abrir y cerrar de ojos ya se había aproximado al pequeño pasadizo descendente y asomaba la cabeza—. ¡Hay corriente!

Su entusiasmo le pasó desapercibido.

—Tiene que ser la salida —añadió con un frenesí que lo puso nervioso—, pero es tan estrecha. No sé… sí, quizás yo pueda pasar…

Al ver que se preparaba para bajar se acercó a ella y se lo impidió. Sacudió la cabeza con tanta energía que la cabeza de toro cayó hacia atrás dejándole totalmente expuesto a su mirada.

—A-rri-hag-ne.

Pronunció de nuevo su nombre. Esperaba que eso fuese suficiente, que expresase todo lo que era incapaz de formular en voz alta.

Ella lo miró con esos ojos violetas, dejó que su mirada paseara por su rostro, por su pelo, viéndole como lo veía padre antes de marcharse.

—Así que este eres tú —murmuró ella. Extendió la mano y resbaló los dedos por su rostro, por su pelo y sonrió. Una sonrisa tan luminosa que rivalizaba con la misma sala—. No eres un monstruo, no son más que cuentos para asustar a una chiquilla. Pero, ¿por qué? ¿Por qué estás aquí? ¿Quién eres? ¿Quién eres realmente?

—No eres ningún monstruo como cuentan —continuó, deslizando los dedos ahora por el lado de su rostro que estaba desfigurado, aquel que siempre le había acompañado incluso antes de que pudiese recordar—, no me das miedo, ya no.

—A-rri-hag-ne.

Su contacto era tan tibio, tan agradable, no quería perderlo, no quería perder esa luz ahora que la había encontrado. Pero ella no podía permanecer allí, no podía dejar que una criatura como esta permaneciese por más tiempo en el Inframundo.

Volvió a mirar el pasadizo y escuchó una vez más las enseñanzas de padre.

«Esta es la puerta al mundo de los vivos, Asterión, la única en todo el laberinto que conduce al reino de los mortales».

Cuantas veces había intentado encontrar ese camino, cuantas había elegido una de las cuatro puertas para salir de allí y entrar en ese reino que prometía luz y se había encontrado de nuevo en el mismo centro. La puerta no estaba destinada para él, no le estaba permitido abandonarla, había sido puesto allí para guardarla.

«No dejes que nadie la cruce, no permitas que nadie abandone el laberinto».

Pero Arihagne no pertenecía allí, ella pertenecía a ese otro mundo.

Miró de nuevo el pasadizo, le dio la espalda y cogió una de las teas de la pared para entregársela. Señaló con ella el pasadizo y esperó.

—Gracias —murmuró ella—. Te prometo que, si esta es la salida, volveré.

Su respuesta era lo último que esperaba escuchar.

¿Volver? ¿Al Inframundo? ¡No!

La empujó, obligándola a penetrar en el pasadizo. Tenía que volver al mundo de los vivos, tenía que regresar a su lugar y no volver a internarse jamás ahí dentro, no hasta que llegase su hora.

Vete. Vete y no regreses, Arihagne. Eso es lo que quería decirle, pero no tenía tiempo para buscar su voz, para formular una frase completa cuando apenas podía pronunciar un nombre.

—Dime tu nombre —pidió ella, a pesar de que ya había puesto los pies en el segundo escalón—. No me iré hasta que me lo digas.

Arrugó la nariz, se lamió los labios otra vez y buscó en su mente, rogando que su garganta obedeciera, que lo hiciese pronto de modo que pudiese dejarla ir y no se arrepintiera de ello.

—As-ash-ter...

Se detuvo frustrado. Hacía tanto tiempo que no utilizaba su voz, que esta vivía olvidada.

—¿Ashter?

Negó con la cabeza ante su suposición, entonces levantó la mirada hacia el fresco de la cúpula.

«Tu nombre está escrito en las estrellas, hijo mío».

Señaló hacia arriba, apuntó una de las estrellas más fulgurantes del firmamento, aquella que acunaba una diosa.

—Ashter… As… ¿Asteros? —preguntó de nuevo, mirándole a los ojos.

Cerca, pensó.

—As-ast-ion.

Esos ojos violetas volvieron a mirar el fresco del techo y sus labios pronunciaron su nombre, sin dudar esta vez, como si al fin hubiese comprendido lo que quería decirle.

—Asterión.

«Asterión, mi hijo, mi príncipe entre las estrellas».

Palabras pronunciadas hacía mucho tiempo, una voz ya olvidada, un rostro que se había desdibujado hasta desaparecer por completo de su mente.

—¿Es eso? ¿Te llamas Asterión?

Asintió lentamente, entonces la empujó, señalando el pasadizo.

—Volveré, Asterión —declaró ella con firmeza, ignorando su necesidad de echarla—. No sé cuándo, pero te prometo que volveré.

La vio desaparecer finalmente en el pequeño pasadizo, demasiado estrecho incluso para ella, era del tamaño de un niño pequeño, no lo suficiente grande para alguien de su corpulencia.

Esperó hasta que la luz de la antorcha se desvaneció, aguardó en silencio, esperando escuchar algo, cualquier cosa y ocurrió. Después de un interminable momento de silenciosa agonía, escuchó de nuevo ese característico sonido, la habitación volvió a girar una vez más, recuperando su orientación original y el óvalo volvió a llenarse de agua.

Arihagne había vuelto al mundo de los vivos, lo había dejado solo en aquella agobiante oscuridad y no quería volver a perderla. Necesitaba volver a verla,

escuchar su voz, necesitaba…

—¿Asterión?

Su alma pareció suspirar de alivio. Sí, eso era justo lo que necesitaba.

LA PROMESA

El mundo tenía cosas inexplicables, momentos que a menudo se achacaban al destino puesto que no tenían una explicación lógica y este era sin duda uno de ellos.

Ari no podía dejar de mirarle. Debía ser un completo desconocido, alguien tan ajeno a ella que el solo hecho de encontrarle allí debería haberle provocado más miedo e incomodidad que el anhelo y el alivio que sentía en lo más hondo de sí misma.

Se lamió los labios, recorrió rápidamente la sala con la mirada y no vio otra cosa que una caverna vacía, desnuda de cualquier cosa que no fuese la presencia del durmiente. Solo había una entrada, la que quedaba a su espalda y, a juzgar por lo limpio que estaba aquí el aire en comparación a los previos corredores, estaba segura de que tenía que haber algún tipo de ventilación en esa misma cámara.

Vaciló, ladeó la cabeza de un lado a otro, dio un

par de pasos más hacia él y volvió a detenerse.

—¿Asterión?

No obtuvo respuesta, ni vocal ni corporal, el cuerpo tendido sobre la dura cama de piedra permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el estómago, las piernas ligeramente separadas y una vetusta túnica marrón que dejaba a la vista unas robustas piernas cubiertas de vello y unas gastadas sandalias conteniendo sus pies. A medida que se acercaba pudo notar en que carecía de rastro alguno de barba, tan solo una breve sombra le manchaba las mejillas, el mentón y el labio superior. Su rostro era de planos duros, masculinos, acariciado por unos mechones de pelo negro que descansaban sobre su frente, el haz de su linterna le fue descubriendo poco a poco cada uno de los planos de la montaña masculina, incluyendo la desigual cicatriz que le cubría buena parte de la mejilla y mentón, un recordatorio de lo que el rey le había hecho cuando era solo un niño.

Le dolió el corazón ante el recuerdo, ante la

incomprensión que había existido en sus ojos cuando ella le preguntó por el origen y él se lo contó. Poco a poco, sin darse cuenta, se fue acercando hasta quedar de pie a su lado, tan cerca que podía tocarle.

Pero no lo hizo, tampoco dijo otra palabra, no podía, los ojos habían vuelto a llenársele de lágrimas, tenía tal nudo en la garganta que le impedía hablar e incluso tragar. Empezó a temblar, al principio fue un estremecimiento, pero después apenas podía sostener correctamente la linterna.

—Oh… Dios…

Jadeó, se llevó las manos a la boca y ahogó un sollozo mientras le miraba.

Estaba ahí, delante de ella, tan real, tan cercano y no se atrevía ni a tocarle, no sentía que tuviese derecho, la culpa, una agónica y fuerte culpa la refrenaba.

«Te estaré esperando al otro lado de la puerta».

Le había prometido que todo iría bien, que lo esperaría del otro lado y por fin tendrían la vida que

ambos se merecían, caminarían bajo la cúpula del cielo, sintiendo el aire en el rostro, escuchando el sonido de las olas al romper contra la costa.

Aquella primera vez, después de que la ayudase a salir de allí, le había prometido que volvería a él y estaba decidida a cumplir dicha promesa. Ese primer contacto con la oscuridad y la maldad que se escondía en las entrañas del palacio de Cnosos no era nada en comparación a la crueldad que se daba día a día en el mundo en el que vivía.

Transitar por el estrecho pasadizo había sido como encarar a su propia muerte, la asfixiante necesidad de salir de allí la había llevado a rasparse contra las paredes, a sucumbir al llanto y a la desesperación mientras caminaba y caminaba sin que pareciese llegar jamás al final. Había llegado a pensar en volver sobre sus pasos, a reunirse de nuevo con él, pero la brisa que le acariciaba el rostro le daba esperanza y avanzó sin descanso.

La pared que encontró al final del interminable

corredor supuso un hálito de esperanza, especialmente cuando el mecanismo oculto en el mosaico cedió bajo sus dedos y esta se abrió, rozando contra el suelo, dejándola entrar en esa sala idéntica dentro de palacio; la que conocía realmente bien.

El sol se asomaba ya a través de los arcos, jugaba entre las columnas y teñía de luz el nuevo día cuando por fin logró llegar a uno de los pasillos principales. Tuvo el tiempo justo para respirar y soltar un aliviado sollozo antes de escuchar los primeros trajines de los esclavos moviéndose por el palacio. Huyó hacia sus aposentos, cerró la puerta tras de sí encontrándose por fin en la conocida seguridad de su infancia y, por primera vez desde que todo hubiese dado comienzo, lloró.

Oh, conocía la historia, a pesar de que en palacio estaba prohibido hablar sobre ello, había escuchado la vergüenza que intentaba ocultar su padre, la infidelidad de su reina con el así llamado Toro de Creta y lo que se decía que había nacido de esa unión;

el Minotauro.

Invenciones, fábulas, calumnias, nada de aquello era real, no había ningún monstruo encerrado en el laberinto, no había ningún ser que se alimentase de carne humana, allí dentro solo había un muchacho, un hombre joven con la mirada inocente de un niño, alguien a quién se le había arrebatado su infancia, su vida y la posibilidad de caminar bajo la luz del sol.

Lo que empezó como una fugaz visita en plena noche para volver a verle, se convirtió en una rutina que se extendió día tras día, mes tras mes y continuó por años. En aquella oscuridad ella encontró luz, una luz completamente distinta a la que conocía, bajo la que vivía y en su propia luz, descubrió más sombras de las que debía conocer una joven de su edad.

Asterión se convirtió no solo en su amigo, sino en su confidente, disfrutaba con su presencia, enseñándole lo que sabía, lo que veía cada día, compartiendo con él cada pedazo de su vida y haciéndole parte de ella. Con tesón y paciencia había

conseguido que volviese a hablar, a comunicarse, año tras año se veían, se consolaban mutuamente e iban tejiendo un vínculo que sabía no rompería ni la misma eternidad. Atrás quedaba ya el miedo, el cada vez más convulso reino y la despótica actitud del rey.

—Háblame de lo que ves cada día, Arihagne, déjame que vea a través de tus ojos el mundo de los mortales.

Sus peticiones a menudo giraban en torno a los anhelos que tenía, a una vida olvidada, una que ella tenía que asegurarle una vez sí y otra también que era la suya.

Al principio, su forma de construir las frases había sido tan errática que no había comprendido lo que quería decirle con *«visitas a los muertos demasiado a menudo»*. Él creía que vivía en el Hades, que aquel laberinto era el lugar de tránsito de una vida a la otra.

Saber que creía vivir en un interminable purgatorio, a las puertas del Inframundo, la había hecho llorar, había hecho que lo abrazase y lo

mantuviese por primera vez cerca de ella, lo suficiente como para que esa cercanía se repitiese una y otra vez con el paso de los años.

—Te sacaré de aquí, Asterión, encontraré la manera de sacarte de este lugar y llevarte al mundo de los mortales —le decía en el abrigo de sus brazos—. Verás de nuevo la luz del sol, podrás caminar bajo las estrellas y yo caminaré contigo.

Fue imposible eludir el amor. Nacido de la convivencia, de la cercanía y la íntima confianza se había aferrado a sus corazones y le había dado la fuerza necesaria para rechazar, uno tras otro, año tras año, a los candidatos presentados por su padre.

—¡No puedes rechazar a todos tus pretendientes!

—Puedo y lo hago, padre mío —respondía siempre con serena calma—. Pues ninguno está a la altura de convertirse en el próximo rey de Minos.

Pero su padre no se rendía, invitaba a palacio a los príncipes de las distintas regiones, aquellos que según él, se merecían su mano. Los instaba a la seducción si

con ello conseguían por fin conseguir su mano, pero todos se encontraban siempre con la misma seductora y fría respuesta.

—¿Acaso serías capaz de entrar en el laberinto y matar al Minotauro por mí? —preguntaba con voz sensual, mostrando sus encantos de mujer—. Tráeme su cabeza y seré tu esposa.

Ninguno de los pretendientes que acarreaba su padre hasta palacio parecía tener la valentía suficiente como para llevar a cabo tal hazaña y terminaban yéndose como habían venido.

Sin embargo, estaba segura de que no podría mantener ese desafío por mucho tiempo más. Con el paso de los años el pasadizo parecía estrecharse, ya no tenía el cuerpo de una niña y su voluptuosidad pronto pondría fin a transitar por aquel camino.

—Estás muy callada, Arihagne.

Desnuda, tendida sobre el cuerpo de su amado y amante, intentaba buscar la solución a la promesa que le había hecho por primera vez hacía ya nueve años.

—El silencio me ayuda a pensar.

Sintió esas duras y grandes manos acariciando su cuerpo, despertando de nuevo el febril deseo que ese hombre provocaba en ella. Sus cópulas a menudo eran salvajes, como las de dos animales en celo, pero no podía hacer menos que disfrutar de ello. Era como si él tuviese en su cuerpo el espíritu del toro de Creta, de un potente semental y ella fuese una ternera dispuesta a ser tomada por él.

Se desperezó lánguida, deslizó la mano entre sus piernas y acarició el duro miembro erecto.

—Cuando haces eso mis pensamientos vuelan, *agapi mou*.

Sonrió traviesa, se lamió los labios y gateó sobre su cuerpo, capturando sus labios, bebiéndose su gruñido cuando le condujo al interior de su sexo, cabalgándole con sensual arrebato.

Le deseaba demasiado, le quería demasiado y no podía evitar pensar en que el tiempo se les acababa.

—Pronto llegará el tiempo en el que Atenas deba

hacer otro de sus tributos —murmuró sin dejar de acariciarle—. Y será el último, Asterión, no habrá más sacrificios para el Minotauro, no habrá más víctimas inocentes pagando por la perversidad y locura de un rey demente.

—Arihagne…

Le cubrió los labios con los dedos y movió las caderas, llevándolo más profundo, arrebatándole el control.

—Verás de nuevo la luz, amor mío, te lo prometí hace ya nueve años y cumpliré mi promesa.

—Tú eres toda la luz que necesito, princesa —gruñó levantándola, girándola sobre el jergón para volver a introducirse en ella desde atrás y montarla a placer—, tú y solo tú.

Los dioses sabían que había estado dispuesta a liberarle de esa cárcel, de ese laberinto, pero no había podido llevar a cabo su promesa.

—Lo siento… —balbuceó—. Lo siento tanto. Me equivoqué y tú pagaste por mis errores… No quería

dejarte allí, no quería irme… Te juro que no quise abandonarte… no pude quedarme contigo… no me dejaron, Asterión, no me dejaron…

Rompió a llorar, todo el dolor brotó en forma de lágrimas, la distancia que interponía su propia culpa se vino abajo y le abrazó. En el momento en que le tocó las previas dudas que la habían asaltado en esa última semana se esfumaron como si no hubiesen existido, ya no le quedaban dudas, ninguna que la hiciese replantearse si estaba haciendo lo correcto o se había embarcado en alguna estúpida caza del tesoro fantasma. Él era real, estaba allí, podía sentirle, notar la dureza de su cuerpo, la calidez de su piel, incluso notó la suave respiración que hacía elevar y bajar su pecho.

—A-Aste-rion. —Hipó, luchando por que le saliesen las palabras. Se incorporó, llevó una temblorosa mano a su rostro, deslizó los dedos sobre la cicatrizada piel y se inclinó sobre él—. Asterión, despierta. Estoy aquí. Soy yo, soy Ari… eh…

Arihagne.

Esperó, sus ojos fijos en su rostro, en las largas pestañas que descansaban sobre sus pómulos, pero no obtuvo respuesta.

—¿Puedes oírme? —Lo sacudió suavemente, pero mover semejante cuerpo era como mover una montaña—. Por favor, abre los ojos. Estoy aquí…

Lo observó atentamente, esperando, deseando ver esos ojos claros mirándola como antaño.

—¿Asterión?

No hubo respuesta. Lo recorrió una vez con la mirada, sin saber qué hacer. Miró hacia atrás y empezó a ser consciente de nuevo de dónde estaba, de cómo había llegado allí y la angustia hizo presa de ella.

—No… no puedo… —Se giró de nuevo hacia él, se lamió los labios y se obligó a mantener la calma—. No, está bien. Todo está bien. Yo… pensaré en algo…

Miró una vez más la gruta que los rodeaba, sintió esa corriente en el rostro y se llevó la mano al bolsillo

para sacar de nuevo el móvil. Todavía no tenía cobertura.

—Mierda.

Se inclinó sobre él, le apartó el pelo de la frente, admirando ese rostro que no había visto en muchas vidas y reconociéndolo como si aún lo hubiese visto ayer.

—No voy a dejarte aquí, esta vez no —negó con firmeza. Se incorporó y le dio la espalda sin dejar de tocarle—. ¡Zeus! ¡Sé que estás ahí! ¡Te necesito! ¡Asterión te necesita!

Esperó, mirando de un lado a otro frenética, esperando que el Dios la escuchase esta vez. Después de todo había sido él quien la había enviado allí.

—¡Maldita sea, Padre! ¿Es que no puedes escucharme una sola vez para variar?

—Siempre te he escuchado, *Arihagne*, aunque no lo creas, siempre te he escuchado.

Dio un salto al escuchar la voz del hombre que se había presentado la semana anterior en su despacho,

se giró y allí estaba, al otro lado de la cama de piedra, contemplando a su hijo.

—No se despierta.

Él se limitó a asentir sin dejar de mirar al joven.

—¿Por qué no se despierta?

Levantó la cabeza y la miró.

—Porque todavía no es la hora —declaró con una tranquilidad y sencillez que le entraron ganas de quitarse una bota y lanzársela a la cabeza.

—¿Cómo que no es la hora? ¿De qué demonios hablas?

Se limitó a acariciar la mejilla marcada de su hijo e hizo una mueca.

—Podría arreglar esto, si lo deseas.

Su respuesta fue inmediata y protectora, le apartó la mano y abrazó el cuerpo masculino de forma protectora.

—No le toques.

Él enarcó una ceja y esbozó esa irónica sonrisa.

—Sí, da igual las vidas que pasen, sigues siendo

una verdadera princesa cretense, dispuesta a sacrificarte por aquellos que amas.

Lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué no se despierta?

—Porque todavía no sabe que estás aquí —replicó sin más—. O quizá si lo sabe y, sencillamente, todavía no ha llegado el momento de despertar.

Sacudió la cabeza.

—Tienes que sacarle de aquí. —Cambió de táctica y señaló el lugar por dónde ella había venido—. Yo no puedo regresar por ahí… Ni siquiera sé cómo demonios he llegado y lo más seguro es que acabe en algún callejón sin salida o bajo un derrumbe antes de que pueda salir y pedir ayuda.

—Es más probable el caso del derrumbe.

—Zeus…

—Ahora que había conseguido que me llamases Padre… —chasqueó él.

—Sácale de aquí, sácanos a ambos y te adoptaré si hace falta.

Sonrió, mostrando una inmaculada dentadura.

—Eres una humana de lo más divertida, *Arihagne*, creo que me gustas más en esta encarnación que en todas las previas.

Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

—No voy a preguntar.

—Bien, yo tampoco tenía intención de responder —declaró—. Espero que tengas una buena historia que contar, querida, porque la vas a necesitar.

El inesperado retumbar de un trueno hizo que se encogiese sobre sí misma y cerrase los ojos, cuando volvió a abrirlos la caverna había desaparecido y su entorno se había convertido en la sala de urgencias de un hospital.

—La madre que te… —jadeó, incapaz de hacer otra cosa. Se tambaleó, giró sobre sí misma incapaz de procesar lo que había pasado y olvidándolo en el momento en que vio a su amado tumbado sobre una camilla—. Un médico… —se giró de nuevo y alzó la

voz—. ¡Necesito un médico!

LUZ ENTRE TINIEBLAS

—Buenos días, Ari.

Sonrió a la enfermera y pasó a su lado para cambiar las flores del jarrón colocado en la ventana.

—Buenos días —replicó quitando el ramo marchito para entrar en el baño y lavar el recipiente antes de llenarlo otra vez y volver con él a la habitación.

Echó un fugaz vistazo al hombre que descansaba en la cama de hospital, su semblante seguía sereno, su cuerpo inmóvil, sin que diese señal alguna de que fuese a despertar.

—¿Cómo sigue?

La mujer, que estaba cambiando el suero, señaló al tranquilo paciente.

—No ha habido cambios en su estado, querida —le informó—. Sigue en su particular mundo, sin querer salir de él.

Terminó de colocar las flores y cruzó la habitación, bajó la barra anti vuelcos de la cama y le cogió la

mano como tantas otras veces. Su contacto le daba fuerzas, hacía que tuviese esperanza en que despertaría, que volvería a abrir los ojos y al verla la recordaría.

—¿No te despiertas porque estás enfadado conmigo? —preguntó en voz baja—. Sé que piensas que te traicioné, que cuando te prometí que te sacaría de allí, que nos iríamos… eran solo mentiras. Pero te juro que no fue así, Asterión, todo lo que te dije, cada una de las palabras, la decía completamente en serio.

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Fui demasiado crédula, demasiado confiada, pensé que… pensé que ser la princesa de Creta me daba poder para cumplir cada uno de nuestros deseos. Aún hoy, en esta nueva vida, me doy cuenta de que con solo creer que puedes hacer algo, tus deseos se hacen realidad y no siempre es así. La mayoría de las veces no es así, pero eso no me detiene, ni tampoco me hubiese detenido entonces…

No, no había mentido en sus palabras, solo había

sido ilusa, confiada al pensar que todo iría como había esperado, que ese guerrero griego la ayudaría. Pero Teseo tenía un motivo propio para presentarse como parte del envío de sacrificios que debía enviar el rey Egeo a Atenas, así como para hacerlo bajo una identidad falsa.

Aquella era la tercera vez que la vencida ciudad tenía que pagar tributo y el joven príncipe estaba decidido a ponerle fin. Oculta su identidad, Arihagne sólo vio en él a un joven amable, un inocente que perecería ante las trampas del laberinto. Sus breves conversaciones con él la llevaron a confiar en el joven, a tenerle estima y a juzgar por la manera en que la miraba, no era lo único que él sentía.

«Como todos solo ven a la princesa de Creta y no a la verdadera mujer».

Solo había una persona que la veía por lo que era, que no anhelaba lo que podía obtener a través de ella y ese hombre permanecía encerrado en ese maldito laberinto.

—Estás muy callada, alteza.

—No me llames alteza, Teseo, soy Arihagne, para ti quiero ser sólo Arihagne.

—¿En qué piensas?

—En que nada de esto es justo, en que no hay necesidad de enviar inocentes al laberinto para alimentar a la bestia.

Su voz sonó irónica, desencantada, pues era una bestia muy distinta la que se cobraba sus víctimas, una que no se alimentaba para sobrevivir sino para ejercer de carcelero. El laberinto era la verdadera bestia, el único con sed de sangre, la única cárcel para alguien cuyo único pecado había sido nacer.

Su padre no hacía más que ocultar la vergüenza de la reina mientras exhibía la suya con las mejores galas, ofreciéndola como premio a aquel que la quisiera desposar.

Para él, no era más que otra de sus posesiones con las que poder comerciar.

—Todo se acabará cuando la bestia sea vencida.

Sus palabras la llevaron a mirarle.

—¿Qué quieres decir?

—Si venzo al Minotauro, el reinado de terror del rey llegará a su fin.

Se levantó de golpe.

—Estás hablando de mi padre.

La recorrió con la mirada.

—¿He juzgado mal y tenéis las mismas ambiciones que él?

Se vio reflejada en sus ojos, su mirada tan decidida como la suya.

—No.

—En ese caso, ¿qué otra cosa podría hacerse sino es acabar con aquello que le da poder?

—¿Estarías dispuesto a dar muerte al Minotauro? ¿Librarías a Cnosos de un bestial rey?

—Sí, lo haría.

—¿A cambio de qué?

Sonrió, cogió su mano y se la llevó a los labios.

—De tu mano en matrimonio.

Parpadeó ante la osadía de aquel joven.

—¿Por qué habría de consentir?

—¿Qué motivo tenéis para no hacerlo?

Demasiados, pensó.

—De acuerdo, liberad al laberinto del Minotauro y me casaré contigo —aceptó.

No le gustaba engañarle, quería confiar en él, pero su seguridad y el porte en ese hombre seguía teniendo algo extraño, estaba segura que, como ella, había cosas que no decía.

Y esas cosas llegaron con precisa revelación aquella misma noche, mientras recorría envuelta en telas oscuras los dos pasillos de palacio para encontrarse con Asterión y ponerle al tanto de lo que estaba ocurriendo allí fuera.

—Teseo.

Reconoció la voz de su hermana Fedra y se quedó inmóvil, pegada a la pared. ¿Qué hacía Fedra allí y a esas horas? Ella nunca dejaba sus aposentos después de la medianoche.

—Mi princesa —Escuchó el tono de voz de alguien que conocía, alguien que había llegado a palacio haciéndose pasar por otra persona—. Pronto acabará todo, unos días más y zarparemos de regreso y esto quedará atrás como una mala pesadilla.

—No quiero quedarme más tiempo aquí, no puedo soportarlo, nadie parece saber que existo, madre está como ida, padre está sumido en su propia locura. Llévame, llévame lejos, Teseo.

—Pronto, amor, pronto —prometió—. Si no libro primero al reino del yugo del poder de Minos, nadie en Creta será verdaderamente libre. No dejaré que más inocentes alimenten a una bestia inmunda. La mataré y partiremos juntos de aquí.

Arihagne no podía sino escuchar aquellas palabras con asombro. El hombre que le había declarado amor, que había pedido su mano tenía amoríos con su hermana. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué le había dicho todo aquello sí estaba enamorado de su hermana? ¿Cuáles eran sus verdaderos planes?

Echó un último vistazo hacia el pasillo y esperó a que ambos se retirasen para salir de su escondite y continuar su camino.

—Volveré dentro de un rato para cambiarle el suero.

Las palabras de la enfermera la arrancaron de sus recuerdos.

—Puedo hacerlo yo, no te preocupes —le aseguró.

—Lo sé, cariño, pero ese es mi trabajo —le guiñó el ojo y salió dejándola a solas con él.

La puerta se cerró tras la enfermera y aprovechó para sentarse en el borde de la cama, le cogió la mano, algo que había empezado a considerar completamente natural, incluso necesario cada vez que estaba en aquella habitación de hospital y se la acarició con el pulgar.

—Me gustaría que te despertases —murmuró mirándole, contemplando su rostro, grabándoselo como si temiese que mañana no estuviese en esa cama y lo perdiese otra vez—. Me gustaría escuchar tu voz,

oírte decir mi nombre, saber… si tan siquiera eres consciente de que estoy a tu lado.

Llevó su mano con cuidado hacia su mejilla y cerró los ojos, recreándose en su contacto.

—Tenía que haber supuesto que no existían los héroes… —musitó más para sí que para él—. Que todo el mundo tiene una motivación oculta para hacer las cosas y que el altruismo no fue precisamente creado por los dioses como un regalo para la humanidad.

Se había equivocado, había confiado en la persona equivocada, en su necesidad de encontrar una respuesta, una forma de llevar a cabo su promesa, había pasado por alto lo más importante de todo; que no podía confiar en nadie. Pero ya no le quedaba tiempo, aventurarse a través de aquel pasadizo secreto empezaba a resultar cada vez más difícil, se veía obligada a ir mucho más despacio, a contorsionarse en algunos tramos para poder pasar y no siempre conseguía salir sin arañazos y raspones que luego

debía ocultar de la vista de sus doncellas. Era ahora o nunca.

—Estás herida, Arihagne.

Negó con la cabeza.

—No es nada —negó dedicándole una sonrisa que alejase sus propios temores—, es un pequeño precio a pagar por venir a ti.

—No puedes seguir usando ese pasadizo, te causa daño.

Ella asintió y dio un paso atrás.

—No volveré a hacerlo, en pocos días ya no hará falta —le aseguró y le contó todo lo que había ocurrido. Le habló de Teseo y como se había presentado voluntario, así como el plan que había ideado para conseguir sacarle de allí.

—No sé cuál será realmente su motivación, que lo habrá traído hasta Creta ni cuál es su verdadera identidad, pero estoy segura de que es algo más que un simple soldado, pero si lo que le dijo a mi hermana es verdad pienso aprovechar su decisión para sacarte

de aquí.

—Nadie entra en el laberinto y sale con vida de él.

Asintió. Aquello era lo que todo el mundo decía y, eso mismo ayudaría a sacarle de allí.

—Eso es lo que todo el mundo cree, lo que mi padre les ha hecho creer —aceptó—, así que dejemos que sigan creyéndolo y aprovechémonos de esa ignorancia.

Él frunció el ceño ante sus palabras.

—Me encargaré de que Teseo tenga una prenda de buena suerte, un favor de la princesa de Creta, algo que le permita salir de aquí y llegar a las puertas del laberinto —le informó—. Mi madre me entregó, antes de marcharse, un ovillo de hilo que nunca se termina.

—¿No se termina?

Negó con la cabeza.

—Y nadie, que no sea el mismo que lo ha atado, puede deshacer sus nudos o cortarlo —añadió, poniendo en voz alta sus pensamientos—. Sugeriré a Teseo que lo ate a la puerta, de ese modo no se

cerrará y podrá utilizarlo para marcar su camino dentro del laberinto y salir después de él.

—Nadie sale del laberinto —insistió él—. Hay demasiadas trampas, ni siquiera yo sé dónde están todas… Sabes que la bestia es traicionera.

Asintió y le tomó las manos.

—Lo sé, tú me lo has enseñado —aseguró, dejando claro que entendía su preocupación—. Por eso mismo debes encontrar a Teseo y seguir el rastro del hilo que él deje a su paso.

—No sé si podré…

Le cubrió los labios con dos dedos.

—Te estaré esperando al otro lado de la puerta —lo atajó—. No me moveré de allí hasta que llegues a mí.

Le cogió la mano y le besó los dedos.

—Arihagne.

Correspondió a su caricia besándole la palma.

—Quiero una vida contigo, Asterión, una vida bajo el sol y las estrellas —aseguró mirándole—. Todo lo

que tienes que hacer es esperar a Teseo, escrútale desde las sombras, evita su espada, evita una pelea innecesaria. Tú no eres el monstruo que todos ellos creen, nunca lo has sido. Es hora de dejar a *Padre* en su laberinto y regresar al mundo de los vivos.

Le costó asentir, aunque lo hizo al final.

—¿Cómo sabré quién es ese Teseo?

—Llevará no sólo mi ovillo sino una espada dorada que yo le entregaré. Es un arma forjada por los dioses, su mordida es letal para un ser mortal, puede cortar cualquier cosa excepto la piel de tu padre —lo previno—. No te enfrentes a él, solo encuentra el ovillo y vuelve a mí. Te estaré esperando.

Sacudió la cabeza, se levantó de la cama y le dio la espalda con gesto dolido, enfadada consigo misma y con la ingenuidad que había esgrimido hacía tanto tiempo.

—No, no existen los héroes.

NO EXISTEN LOS HÉROES

Un día daba paso a otro, una semana a la siguiente y un mes al próximo, Ari no pudo evitar reparar en la forma en que caían las hojas al otro lado de la ventana de aquella habitación de hospital. Volvió la mirada y reparó de nuevo en él, tumbado en esa cama, con los ojos cerrados, ajeno al paso del tiempo.

—Pronto se cumplirá otro mes —musitó con palpable tristeza—. Ni siquiera entonces el tiempo pasaba tan despacio, los días no se hacían tan largos porque sabía que antes o después podría verte.

Ni siquiera en el pasado habían podido estar juntos si no era a escondidas, robándole al tiempo, arañando esos momentos que podían estar juntos.

—Hoy he tenido una llamada de atención del rector y he tenido que inventarme una historia que ha hecho que me replantee la profesión que he elegido —murmuró, necesitando decir algo, cualquier cosa que llenase ese silencio entre ellos—. Más que profesora,

debería haberme convertido en escritora de ficción.

Hizo una mueca al recordar la cara del hombre y cómo había mostrado sus dudas sin decir una sola palabra.

—No voy a poder pasarme tanto tiempo en el hospital como ahora, pero eso no quiere decir que vaya a dejarte aquí solo, ¿me oyes? —se inclinó sobre él—. No es una excusa para abandonarte. Sencillamente, no puedo dejar de trabajar. Las facturas no se pagan solas, el alquiler tampoco… aunque pronto tendré suficiente para poder comprarme una casita que he visto a las afueras. No es gran cosa, pero con alguna reforma sé que podrá ser un hogar…

Las palabras se fueron apagando hasta que se quedó en silencio.

—Este es otro mundo, uno muy distinto del que tú y yo conocimos —continuó. Eso había sido algo en lo que había estado pensado en los últimos meses, la dualidad en la que había vivido cada vez que entraba

en esa habitación de hospital y se encontraba con él—. Aquí los monstruos no están encerrados en laberintos, campan a sus anchas por las calles, se esconden entre nosotros y muchas veces fingen ser cosas que no son. En esta época los reyes no van a la guerra, se sientan detrás de sus escritorios jugando al *Risk*, las reinas salen en los programas de corazón y las princesas ya no escuchan las voces del pueblo, solo las de aquellos que cumplen sus caprichos.

Dejó escapar un suspiro, sacudió la cabeza y lo miró.

—Pero todavía hay cosas por las que merece la pena salir —añadió deslizando el dedo por su mejilla —. Las puestas de sol son preciosas, el mar es de un hermoso y profundo azul y existe algo llamado helado de chocolate que es incluso mejor que la Ambrosía de los Dioses.

Respiró profundamente, se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Nunca te deseé mal alguno, Asterión, me moriría

antes de permitir que alguien te hiciese daño —susurró y esperaba que solo fuese para sus oídos, que la estuviese escuchando de algún modo—. No sabía quién era él, no sabía que era el príncipe de Atenas y que su plan era derrocar al rey. No creí que haría lo que fuese para vengarse, no sabía que el hombre que vi, en quién decidí erróneamente confiar que serviría a mi propósito de sacarte de allí, solo tenía deseos de añadir una muesca más a su lista de conquistas.

No, sus intenciones habían sido tan poco honestas como las de Teseo, ella misma estaba dispuesta a utilizar a alguien a quién sencillamente creía un joven guerrero dispuesto a luchar por su vida y cuando se dio cuenta de ello, ya era demasiado tarde.

El amanecer había llegado con un tono rojizo que presagiaba muerte y ella no necesitaba consultar al oráculo para saberlo, lo sentía en cada uno de sus huesos y eso hacía que temiese aún más por el desenlace de aquella aventura. Vio a Teseo entre aquellos que enfrentarían el rigor del laberinto.

Contrario a sus costumbres, el rey Minos, pues ya no podía llamarle padre, eligió esta vez la salida del sol y ofrecer el espectáculo en el anfiteatro donde se jactó del joven guerrero, uno de los tributos enviados por Atenas, que se había postulado para matar al Minotauro con tan sólo sus manos desnudas. Al rey le gustaba un espectáculo como al que más y si aquello podía humillar a los postulantes mejor aún.

—Hoy, este joven ateniense, ha declarado que vencerá al Minotauro y en pago de su hazaña sólo ha pedido una cosa; la mano de la princesa Arihagne.

Así que mantenía lo que le había dicho a ella, pensó mientras echaba un fugaz vistazo en dirección a su hermana Fedra, pero fue incapaz de adivinar su expresión bajo el velo.

—Sea pues, tráeme la cabeza del Minotauro y la princesa Arihagne será tu esposa.

No protestó por la falta de consulta, no quería empezar algo que distrajese al rey o destituyese al guerrero en el que había puesto sus esperanzas, se

levantó y permaneció allí, inmóvil mientras el rey se alejaba para reunirse con sus soldados y ejecutar su siguiente orden, la de conducir a los prisioneros a la entrada del laberinto.

Esperó hasta que el nutrido grupo se puso en marcha para moverse entre los soldados y detener a Teseo.

—Así que tú eres el valiente que ha decidido pedir mi mano a cambio de vencer a la bestia —declaró con voz fría, llamando su atención—. Tal hazaña se merece una prenda.

Sacó el ovillo de su peplo y se lo tendió solo para que el guardia que custodiaba al prisionero hiciese ademán de tocarlo.

—¿Osas interponerte en mi camino?

Los ojos del soldado se abrieron de par en par y retrocedió como si hubiese sido abofeteado.

—Mi señora.

Mantuvo la expresión ofendida que cabía esperar en una princesa de su rango y le dio la espalda de

modo que no viese lo que hablaba con el guerrero. Lo miró a los ojos y optó por guardar silencio con respecto a lo que había escuchado entre su hermana y él, después de todo, ella no tenía el menor interés en desposarse con él.

—Ata un extremo a la puerta y asegúralo a la columna, entonces estíralo y llévalo contigo para marcar tu camino.

El muchacho cogió el ovillo, lo miró y sonrió con una petulancia propia de alguien acostumbrado a salirse siempre con la suya.

—Lo haré, alteza —murmuró en respuesta.

Entonces, antes de que pudiese dar un paso atrás, desenredó la tela de su peplo y extrajo el último de sus regalos.

—Ten cuidado de que no la vean los guardias —le advirtió entregándole la espada—. Úsala para defenderte, pero no para atacar a criaturas inocentes. Atravesará todo lo que se ponga en tu camino y le dará instantánea muerte.

Su sorpresa ahora fue genuina, ocultó rápidamente el arma en su basta túnica y se irguió.

—Camina siempre hacia el sur y, cuando tengas dudas del camino, mira el suelo al inicio del corredor, si hay polvo no continúes. —Aquella había sido una de las enseñanzas de Asterión con respecto a las zonas en las que estaban colocadas las trampas. Si el polvo estaba intacto, quería decir que ese camino no se había transitado y que posiblemente habría alguna trampa en él.

Teseo entrecerró entonces el ceño, confundido por sus órdenes.

—¿Cómo sabéis…?

—El laberinto es traicionero, tenlo en cuenta cuando pienses en dar muerte al Minotauro.

Sin más, le dio la espalda y se alejó. Cada paso que daba en dirección contraria era como un agujero en su propia alma, pero tan necesario como la confianza en un hombre que ya no se la inspiraba.

Aferró con fuerza la sábana de la cama de hospital,

bajó la cabeza y luchó con la congoja.

—Juro que estaba allí, esperándote —musitó con el corazón encogido, una solitaria lágrima deslizándose ya por su mejilla—, deseando verte aparecer, pero me arrebataron mi deseo. Malditos todos ellos y maldita yo por contribuir a ello.

EL BRAMIDO DEL MINOTAURO

Estaba llorando.

Podía sentir sus lágrimas, su voz se filtraba a través de la neblina, apartando la oscuridad y trayendo esa ansiada luz a la que tan desesperadamente quería aferrarse. Sus palabras hacían eco en su propio pasado, trayendo a su mente esas últimas horas en las que la esperanza había sido todo lo que había habitado en su corazón. Ella le había dado la vida, algo que Asterión no había conocido realmente hasta que ella se adentró en el laberinto. Se había ocupado de desvanecer su soledad, no había cesado en su empeño hasta hacerle hablar de nuevo e incluso le había enseñado a leer y a escribir. Él disfrutaba con todo lo que la hacía sonreír, con aquello que encendía esos hermosos ojos violetas. En sus brazos había conocido el deseo y su corazón había despertado de un largo letargo, sabía que ya no podía respirar sin ella, su ausencia sería la misma muerte.

La perspectiva de salir de ese encierro, de ver todo aquello de lo que le había hablado y hacerlo a su lado era como un sueño, uno que no se atrevía a creer todavía.

Desde el primer día en que se encontraron, Arihagne prometió que lo sacaría de allí, que lo liberaría de aquel encierro y hoy cumpliría esa promesa.

El retumbar de las puertas del laberinto al abrirse hizo eco en todo ese particular inframundo, parecía existir una acústica especial, como si su inventor desease que sus ocupantes sintiesen ese suspiro de libertad que nunca podían alcanzar.

Conocía el laberinto como la palma de su mano, había explorado sus entresijos desde cada una de esas cuatro puertas, pero nunca había conseguido encontrar esa entrada a través de la que penetraban los vivos. Era como si su destino fuese volver una y otra vez a esa sala, sin poder vislumbrar nada más.

Respiró profundamente, recogió la piel de padre y

se la puso. Arihagne prefería verlo sin ella, pero no quería abandonar aquel lugar sin padre, él había sido su única compañía, el único con el que había crecido y no concebía la idea de abandonarle ahora.

Dejó la habitación sin una última mirada, atravesó por última vez uno de los cuatro umbrales y se internó en el laberinto en busca de aquel en quién había confiado su amada.

Entonces no sabía lo que le deparaba el destino, no sabía que ambos habían sido traicionados y que las promesas hechas nunca llegarían a cumplirse.

«Juro que estaba allí, esperándote, deseando verte aparecer, pero me arrebataron mi deseo. Malditos todos ellos y maldita yo por contribuir a ello».

Oyó su voz, clara, matizada por las lágrimas, por la desesperación y la culpa, por todo aquello que él mismo había sentido al romper su propia promesa, la que le había hecho a ella.

«No luches contra él».

Las palabras de Arihagne resonaron en su cabeza,

sin embargo era difícil mantener su promesa cuando ese mortal lo enfrentaba, con una espada dorada, dispuesto a darle muerte. Y no era el único, con él estaban otros cinco hombres dispuestos a presentar batalla.

—Este es tu último día en la tierra, engendro.

Se lanzaron hacia él y no le quedó más remedio que retroceder, esquivando sus embates al tiempo que evitaba deslizarse hacia los pasillos prohibidos. Su mirada cayó en el hilo dorado que llevaba envuelto en la muñeca, aquella era su salida, la pista que debía seguir.

Entrecerró los ojos y se movió de modo que quedó entre los hombres y Teseo, no habló, no les advirtió, dejó que el laberinto decidiese por ellos y se internó en las sombras, moviéndose deprisa. Pronto la muerte alzó su voz, las trampas se activaron bajo el peso de pies incautos, los alaridos se hicieron eco, resonando en sus oídos hasta que no quedó absolutamente nada más que el silencio.

Deambuló como un hombre que conoce su propio infierno y comprobó que el lugar se había cobrado nuevas vidas. No sintió remordimiento, no sintió pena, no pudo sentir nada mientras veía aquellos cuerpos sin vida o moribundos. Giró sobre sus pies y el destello dorado que vislumbró le avisó demasiado tarde de la hoja que se incrustó en su cuerpo, desgarrando la carne y haciendo que soltase un bramido inhumano.

—Muere, engendro, hoy se acaba tu reino de terror.

Jadeó, se retiró hacia atrás y sintió como esa hoja salía de su cuerpo. La sangre manaba con fuerza, empapándolo por completo.

—Ari-hag-ne.

Su nombre surgió como un ruego, como una declaración, le dio fuerzas cuando se quedaba sin ellas.

—No te atrevas a pronunciar el nombre de mi futura esposa.

El alarido del hombre lo previno de su nuevo

ataque el cual logró esquivar.

—Un engendro que posee voz —siseó Teseo—, la maldición de los dioses es incluso mayor de lo que pensaba. No será suficiente con dar muerte a una bestia, deberé purgar todo el reino empezando por sus reyes.

Asterión no entendía nada, volvió a apartarse y terminó tropezando, la piel de padre paró esta vez el mandoble, haciendo rebotar el arma hasta que cayó al suelo.

—Maldito...

Se las ingenió para ponerse en pie, sin embargo, no se movió con la suficiente rapidez pues el hombre, versado en pelea, posiblemente educado como un guerrero se lanzó a por él con una rabia inusitada.

Rodaron por el suelo, lucharon como dos leones, uno para ganar otro para liberarse y escapar, se infringieron heridas y esquivaron a duras penas los pasillos llenos de trampas.

Jadeante, herido, perdiendo sangre, Asterión

consiguió apartarse una vez más. Su oponente luchaba con una de las agujas de hierro que le habían atravesado, clavándolo en el suelo, el hilo dorado había sido seccionado por una de las agujas y tendía abandonado en el suelo, lo recogió y se lo enrolló en la mano, echó un último vistazo y dijo con voz clara.

—No soy un engendro —bramó con voz firme—. Soy Asterión.

Le dio la espalda y se arrastró, paso a paso recogiendo el hilo que lo llevaría a la libertad.

Ninguno había sido realmente culpable, solo víctima de sus propias decisiones, de desear algo que estaba más allá de su alcance e intentar conseguirlo.

No quería escuchar su llanto, no deseaba ver sus lágrimas empañando aquellos hermosos ojos violetas, necesitaba con tanta desesperación llegar a ella que empezó a luchar con el sopor que inundaba su mente y lo mantenía en aquel limbo en el que había morado por más de mil años.

«Arihagne, mi Arihagne, no llores. Lo sé, siempre lo he

sabido».

Sí, incluso aquella vez había escuchado su desgarrador llanto, sus gritos, pero no había podido hacer nada, no había tenido fuerzas o vida suficiente para decirle que sabía que ella era inocente.

Arihagne se moría por la espera, había escuchado los alaridos, los sonidos que los habitantes de palacio todavía confundían con el bramido de una bestia y que en realidad correspondía a la activación de las trampas.

Ignoró a la guardia que, armados, montaban guardia mientras luchaban por deshacer el hilo o incluso cortarlo sin éxito.

El rey estaba allí, con cada sonido de agonía sonreía lo que hacía que se le encogiese el estómago. Su hermana se aferraba a su madre quien parecía ajena a todo y todos, su mirada fija en la oscuridad del umbral.

—¡Cuidado! ¡Alguien se acerca!

La ansiedad la recorrió, se echó hacia delante con

esperanza de ver a Asterión y abrazarlo, marcharse de allí, pero tiraron de ella hacia atrás.

—Arihagne, retrocede.

La voz de su padre.

—Preparaos —ordenó el rey, quien también estaba preparado para la batalla.

Sonido de pasos, un pesado jadeo y entonces la piel del toro blanco emergió de la oscuridad siendo lanzada a los pies del rey.

El aire se le atascó en los pulmones mientras veía emerger a un herido Teseo portando la espada ensangrentada que ella misma le había dado colgando de la mano.

—He matado al Minotauro, exijo mi recompensa.

Un alarido abandonó su garganta, el nombre de su amante brotó de sus labios y se lanzó hacia Teseo, dispuesta a arrancarle los ojos.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está? ¿Dónde está él?

Los ojos del hombre la atravesaron con frialdad.

—Muerto, esposa —declaró dejando clara su

postura, entonces miró a Minos, quien parecía haber envejecido cien años en un solo instante—. Como lo están los veintitrés inocentes que sacrificaste durante estos últimos 27 años. Pero ya no más, se acabó… Tu tiranía ha llegado a su fin.

—Asterión… —susurró su nombre.

No, no podía estar muerto, no podía.

Se libró de su agarre y echó a correr hacia el laberinto, ignoró los gritos a su espalda, el agónico gemido de su padre antes de que el príncipe griego lo atravesara con la espada que ella misma le había dado. Se internó en la oscuridad gritando su nombre, las lágrimas emborronando su visión, se aferró al hilo que todavía permanecía allí, lo siguió en la oscuridad hasta que vio un resplandor al fondo, una tea ardía en el suelo al lado de un cuerpo inmóvil.

—¡Asterión! ¡No!

Soltó el cordón y se lanzó sobre su cuerpo, horrorizada por tanta sangre, desesperada por la falta de respuesta.

—¿Asterión? Háblame, Asterión —suplicó, lo meneó lo que le permitía su enorme envergadura—. Amor, por favor, dime algo.

Pero no hubo respuesta alguna.

—Mi amor, por favor —sollozó—. ¿Qué te ha hecho? ¿Por qué te has enfrentado a él?

Volvió a sacudirlo, no podía aceptar lo que sugería toda esa sangre, no quería acertarlo.

—Asterión, despierta, vamos, levántate, tenemos que irnos —insistió desesperada—. Asterión.

—Así que era verdad…

La voz de Teseo inundó la oscuridad.

—Eres la ramera de la bestia.

Lo fulminó con la mirada, la rabia remontando en su interior.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué lo has matado? —se levantó y se lanzó hacia él queriendo arrancarle los ojos—. ¡Te mataré! ¡Te mataré!

Ni siquiera llegó a tocarle, un fuerte bofetón la lanzó al suelo, desorientándola, haciendo que le

bailase la vista. Entonces le tiraron del pelo, levantándola a pulso.

—Cuidado, esposa, o podría pensarme de nuevo el desposarte.

Ella había reunido el valor de escupirle a la cara solo para recibir un golpe en la cara que la había lanzado al suelo, inconsciente.

No, ninguno había sido realmente culpable esa noche, solo víctimas de sus propias decisiones, de desear algo que estaba más allá de su alcance e intentar conseguirlo.

—Asterión, por favor, necesito que despiertes, necesito que vuelvas a mí… —escuchó su voz cada vez más cerca y, al mismo tiempo, todavía lejos—. Te necesito… te necesito…

No quería escuchar su llanto, no deseaba ver sus lágrimas empañando aquellos hermosos ojos violetas, necesitaba con tanta desesperación llegar a ella que empezó a luchar con el sopor que inundaba su mente y lo mantenía en aquel limbo en el que había morado

por más de mil años.

«Arihagne, mi Arihagne».

HASTA EL FIN DE LOS TIEMPOS

Ari se limpió las lágrimas con la manga de la chaqueta, era incapaz de dejar de llorar y estaba sorprendida de que todavía le quedasen algunas. Esos últimos meses había derramado suficientes para llenar un océano, no recordaba haber llorado tanto en toda su vida, pero tampoco había tenido un motivo de peso para hacerlo.

Ahora su motivo estaba tumbado en esa cama, en un profundo coma de causas desconocidas, según los médicos, en un limbo del que solo ella podía traerlo de vuelta, según el maldito señor del Olimpo. Unos y otros tenían consejos y respuestas que no le servían absolutamente de nada, que no disminuían ni un poco el dolor que se había instalado en su pecho y que iba minando sus fuerzas.

—No puedo con esto, no otra vez, no soy tan fuerte —gimió rompiendo en sollozos, enterró el rostro contra su costado y lo abrazó, necesitando de su

contacto—. Vuelve a mí, Asterión, por lo que más quieras, no me dejes enfrentar de nuevo este sufrimiento, no quiero perderte otra vez, no quiero.

Ya una vez había conocido el infierno al abandonar Cnosos, el dolor la había acompañado durante los meses de aquella interminable travesía por el mar. Lejos de su hogar, relegada a los bajos fondos de un barco, apaleada y despreciada había sido abandonada, ningún marinero quería tener nada que ver con la hija del rey que había sido prostituta de una bestia. En la oscuridad de la bodega, en medio de horribles y nauseabundos olores había cedido casi a la locura, su mente no hacía otra cosa que recordar la visión de su amado asesinado en el suelo del laberinto.

—Es mi culpa, es mi culpa, todo es… mi culpa.

Como una letanía repetía una y otra vez aquellas palabras, reconocía en ellas la culpabilidad que tenía al haber confiado en un farsante, en haberle proporcionado a un príncipe griego las herramientas para, no solo acabar con el reinado de su padre, sino

con su amor.

Cnosos había sido arrasado, el rey había muerto delante de la entrada de su laberinto, la reina se había vuelto totalmente loca y se había lanzado hacia el interior del recinto encontrando sin duda el más horrible de los fines, solo Fedra parecía haber conseguido lo que quería. Su rostro había sido de pura satisfacción mientras arrancaba la corona de la cabeza de su padre y se la ponía para luego fundirse en un beso con el asesino que había penetrado en Creta para traer consigo la desgracia a su casa.

Ella había suplicado que la dejasen volver con Asterión, prefería morir con él que permanecer en las manos de su asesino.

Nadie la escuchó, la silenciaron a base de golpes hasta que su cara quedó tan hinchada que no podía ni hablar ni comer y la arrastraron a las entrañas de ese barco que regresaba victorioso a Atenas.

Qué ironía había sido ver las velas negras que habían llegado a sus costas volverse blancas para

iniciar el camino de vuelta.

«Dios de los mares, escucha mi plegaria. Tú qué enviaste a Creta al Toro Blanco que sedujo a la reina, deja que me reúna con el hijo de ambos, castiga a su asesino y quédate con mi vida a cambio».

No sabía si Poseidón la había escuchado, pero, varios días de navegación después se desató una tormenta, el barco fue sacudido de un lado a otro, rompiéndose el mástil y obligando a subir a todo el mundo a cubierta.

Arihagne ni siquiera se lo pensó, saltó sobre la balaustrada y se lanzó al mar con el único deseo en su corazón de reunirse con su amado.

Pero los dioses nunca habían sido bondadosos, no con ellos al menos, se habían vanagloriado de poner trabas en su camino desde el mismo comienzo y, vida tras vida había seguido siendo así. ¿Por qué sino se encontraban ahora de nuevo separados a pesar de estar juntos? ¿Por qué tenían que volver a sufrir de esa manera? ¿Era acaso alguna retorcida prueba de

algún tipo?

Abandonó la cama con el rostro bañado en lágrimas, no podía seguir ahí, viéndolo de esa manera, incapaz de llegar a él. Recogió su bolso de la silla, el abrigo y abandonó la habitación de hospital con el alma hecha pedazos.

El frío del atardecer la recibió con los brazos abiertos nada más salir del edificio, le refrescó el rostro y dejó que el aire penetrase de nuevo en los pulmones a pesar de los incontenibles hipidos.

Se pasó las manos por la cara sin éxito, las lágrimas seguían cayendo de manera implacable, negándose a irse, empañando su visión mientras se alejaba con paso tembloroso del lugar en el que descansaba su amor.

Su amor. Era extraño como esa palabra, que para ella había sido siempre ajena, tenía más de un significado, contenía la irracionalidad de sentir una miríada de fuertes emociones hacia un completo desconocido, la agonía que traía consigo la culpa de

verlo en aquel estado, una que, en realidad no era suya si no de su yo en otra vida.

Lo que había sido una vez se había mezclado de tal manera a lo que era ahora que ya no encontraba una división real, de algún modo, parecía que hubiese dormido durante años, dedicándose en sueños a otra vida y, al despertar, lo onírico y la realidad se hubiesen vuelto uno solo.

Y luego estaba la complicada relación que la unía a Asterión, una que iba más allá de la eternidad, en la que se entremezclaban parentescos sin que eso hubiese importado en su vida pasada y sin saber si importaba ahora mismo.

Sí, sabía perfectamente y no solo por sus estudios, que en la antigua Grecia el matrimonio entre hermanos, primos y demás familiares solía darse, especialmente en las altas esferas y ya ni mencionemos entre los dioses, pero esta era otra época, aquello sencillamente no se hacía. Y, de una forma igual de enrevesada, hoy, ese parentesco que

una vez los había unido ya no existía, no de una forma física. Él podía seguir siendo hijo de Zeus, seguir siendo un semidiós —si su cerebro se acostumbraba a todo aquello y conseguía aceptar que lo que había pasado, lo que estaba pasando, no era una retorcida pesadilla y estaba sucediendo en realidad—, pero ella, Ariadne Minos, no era hija de un rey, no era nieta de un Dios Olímpico, no era más que una niña a la que habían abandonado en una iglesia, una mortal que nada tenía que ver con todo aquello.

—Soy Ariadne, Ari Minos —se recordó a sí misma en voz alta, necesitando establecer una identidad, buscar un ancla entre aquel mar de absoluta locura que se había desatado a su alrededor—. Pertenezco a este siglo, a esta época, aquí he nacido y aquí es donde vivo… aunque mi corazón siga prisionero del pasado y del hombre que conoció entonces.

Esa era su verdad, la única a la que podía aferrarse.

Se giró, levantó el rostro hacia el edificio que

había dejado atrás y tomó una profunda respiración.

—No puedo ser quién fui, Asterión, pero sí puedo enseñarte quién soy ahora —murmuró, ganando confianza ante sus propias palabras—. Ya no quiero vivir en el pasado, no quiero volver a llorar por lo que perdimos en otra vida, quiero descubrir lo que ambos podemos encontrar en esta.

Y la única forma de hacerlo era despertándole, enseñándole quién era en este mundo y ver quienes podían ser en él.

Cerró los ojos y dejó que su último recuerdo, el último momento que perduraba en su mente, se reprodujese por última vez.

El sonido del mar atravesó la neblina del pasado hasta su presente, sintió la húmeda arena bajo la mejilla sabiéndose en tierra firme. Ni siquiera el señor de los océanos la había querido en sus dominios. Le había traicionado, había hecho que matasen al hombre que amaba y nada ni nadie podrían borrar jamás ese horror de su alma.

Cerró los ojos y rogó a quienes quisieran escucharla que viniesen a llevársela, que terminasen con esa agonía de modo que pudiese reunirse con él y rogar su perdón. Nunca se perdonaría a sí misma hasta que él lo hiciera, le llevase el tiempo que le llevase, se disculparía, haría penitencia hasta que su alma quedase libre de pecado.

—Asterión —musitó a través de los cuarteados labios—, te esperé, tienes que saber que yo te esperé y que no deseaba tu muerte. La traición de Teseo pesará en mi alma eternamente porque él me arrebató lo que más he amado. Me apartó de ti.

Dejó que el sonido de las olas la acunase, que el calor del sol le calentase el rostro. Ojalá hubiese podido estar bajo este cielo y ante este mar con él, pero otros le habían arrebatado esa posibilidad, los dejaron con tan solo recuerdos y el anhelo de que, quizá algún día, volverían a reunirse y él pasearía con ella de la mano bajo un cielo azul y una noche estrellada.

—Hasta que nos encontremos de nuevo… amor… mío.

Su pecho subió una vez más, luego se detuvo, la muerte había llegado por fin a llevársela.

UN CORAZÓN DORMIDO POR FIN DESPIERTA

«Gios, despierta».

La voz de su padre, esa ronca y peculiar voz penetró en su oscuridad como una hoja cortando la carne.

«Patera».

Quería abrir los ojos, quería extender la mano y tocarle, preguntarle dónde estaba Arihagne, ¿por qué no la sentía cerca? ¿Por qué no escuchaba su voz? La necesitaba, quería llegar a ella, tocarla, saberla viva, saberla a salvo, pero aquella neblina era demasiado densa, por más que intentaba ascender no conseguía ver la luz.

«Es hora de volver, Asterión, tu mujer ha esperado ya demasiado tiempo».

Su mujer, su esposa, unos votos intercambiados en lo más profundo del laberinto, una unión secreta bajo la mirada de los Dioses, la única que contaba en su

corazón y en su alma.

«Deja ir el pasado y emerge en tu futuro, enfrenta la nueva vida que te espera».

Una nueva vida, una promesa de salir de aquel laberinto, de aquella oscuridad, una que había escuchado tiempo atrás, cuando tendido en el suelo de aquella oscura bestia, rogaba que el olvido viniese a buscarlo y se lo llevase de una vez por todas.

—*Gios mou*, levántate.

Asterión no deseaba moverse, sólo quería quedarse allí, que el olvido volviese a llevárselo y así dejar de sentir dolor.

—Este ya no es tu lugar, Asterión, ahora eres libre.

Apretó los ojos. No quería abrirlos, no quería ver, no deseaba otra cosa que la mujer que lo había abandonado, a quién había perdido para siempre.

—Arihagne.

Su nombre le provocó dolor, su traición pesaba demasiado sobre su alma. Pero, ¿de verdad le había mentido? ¿Había sido tan ingenuo que no había

reconocido la falsedad en ella? ¿Era terminar con su vida lo que había querido en realidad?

No, no podía ser, había escuchado sus sollozos, sus ruegos, ¿verdad?

—Arihagne…

La voz masculina se hizo más potente, surfeando su inconciencia, trayéndolo de regreso, una voz que conocía, que lo había acompañado durante buena parte de su vida.

—Se ha ido, *gios*, ha abandonado Cnosos.

Esa respuesta fue suficiente para darle fuerzas, para que abriese los ojos de par en par y se encontrase con aquel rostro pétreo, de facciones clásicas y unos ojos tan azules como los suyos, una réplica de los suyos, en realidad. Él, que parecía tan humano no lo era, él, quién había permanecido a su lado durante tanto tiempo había perdido la piel del toro blanco y caminaba erguido como un humano.

—*Patera*.

No tenía dudas al respecto sobre su identidad, no

importaba que disfraz llevase, sabía que era él, su padre y, cuando él asintió y le tendió la mano, esperando a que la aceptase, todo quedó claro.

—Ven, *gios*, ya no queda nada para ti aquí.

¿No quedaba nada? No, no era así, todavía quedaba algo, tenía que llegar a ella, tenía que verla, tenía que saber…

—Arihagne —pronunció incapaz de hacer otra cosa. No podía ni levantar el brazo, sentía la pesadez en cada uno de los músculos, la vida escapándose a través de la sangre que manaba de las fatales heridas que le había infringido aquel mortal—. Prometió que me esperaría fuera de las puertas. Tengo que... llegar a ella...

El pensar en su esposa le dio fuerzas, luchó para estirar el brazo y aferrar el que su padre le tendía y, tan pronto como el hombre enlazó el suyo todo su cuerpo sufrió un poderoso estremecimiento, escuchó un poderoso estruendo, el corredor se iluminó con un relámpago y al momento sintió como el dolor cesaba,

como la fuerza volvía a restaurarse por completo, permitiéndole moverse de nuevo y ponerse en pie.

El hombre ante él era una versión más adulta de sí mismo, aunque el poder que lo vestía como una túnica, era tan poderoso que te instaba a inclinar la cabeza y postrarte de rodillas.

—Zeus.

La comprensión atravesó su mente como un rayo, la información surgió de la nada, pero estaba allí, sabía quién era, quién lo había engendrado y por qué.

El dios se limitó a asentir en respuesta a su muda pregunta.

—Ella dejó Creta, Asterión —le dijo entonces, contestando a la que había formulado en voz alta—. Se ha ido.

Negó una vez más. Eso era lo que le había dicho ese mortal, que ella se iría, que se la llevaría, la convertiría en su esposa y la mantendría lejos de un engendro como él.

—No soy un engendro.

Las palabras de la mujer se habían grabado a fuego en su alma, ella se las repetía una y otra vez, cada vez que dudaba estaba allí para enseñarle que era todo lo contrario, que los únicos monstruos moraban fuera del laberinto, no dentro de él.

—Mi esposa —levantó la mirada y se encontró con la de ese desconocido, con la de un hombre que, si bien había estado a su lado en forma animal, le resultaba ajeno en esta encarnación—. Quiero verla.

Esos ojos azules parecieron refulgir como si su petición le supusiese un desafío, pero, así como ese brillo vino se fue.

—Debes dejar ir el pasado, este es tu futuro, acepta la nueva vida que te espera y que ella te ha dado —le dijo el dios—. Ella cumplió con su promesa y ahora eres libre para vivir tu vida.

Negó con la cabeza.

—Ella es mi vida, *patera*, mi única vida.

Una verdad imperecedera. No estaría allí de no ser por ella, no tendría deseos de no ser por ella. Arihagne

le había enseñado el significado de la vida, del amor y le había dado esperanza.

Zeus pareció verlo en sus ojos, comprenderlo al fin, pues aceptó su silenciosa petición.

—Tu vida ahora debe seguir sin ella, Asterión, has de verlo por ti mismo.

No tuvo tiempo de pensar en el enigma impreso en sus palabras, no hubo momento para formular tal pregunta pues, en el transcurso de un parpadeo su cárcel de oscuridad cambió a una tan brillante que le hizo daño a los ojos.

El mundo se abría ante él, lo que había escuchado solo en relatos se abría como una potente realidad. Tenía el cielo azul sobre la cabeza, no había paredes a su alrededor, la sensación de libertad era tan agobiante como impresionante, pero todo ello quedó relegado en el momento en que la vio tendida en la arena de aquella playa azotada por el mar, inmóvil, pálida, carente de vida.

—¿Arihagne?

Su piel estaba fría, su corazón ya no latía y su alma había abandonado para siempre ese cuerpo que ya no era otra cosa que una cáscara vacía. Acarició sus labios, los encontró inertes, carentes de esa ternura y pasión, ella se había ido dejándolo solo en un mundo demasiado grande, demasiado nuevo y aterrador.

—Me ha dejado, se ha marchado sin mí.

Notó la mano de su padre sobre el hombro y lo miró. Las lágrimas le empañaban los ojos, caían por sus mejillas manchando el cuerpo inerte de ella.

—Este no era vuestro momento, sólo un remanso en el camino de vuestro destino.

El dolor lo atravesó mientras su alma se daba cuenta de la pérdida y lloraba en consecuencia.

—¿Y cuándo llegará entonces ese momento? ¿Cuándo volveré a escuchar su voz? —recogió su cuerpo entre sus brazos y lo apretó—. No quiero vivir sin ella, no quiero estar bajo el cielo si ella no está a mi lado, no deseo esta vida si no puedo compartirla con aquella que me la prometió.

—No echarás en falta su ausencia, me aseguraré de ello —le dijo con un convencimiento que lo estremeció—. Su vida será un momento fugaz en la tuya, su nombre se desvanecerá de tu memoria…

—¡No la olvidaré! —bramó, su voz resonando en la playa. Se levantó con ella en brazos, acunándola contra su pecho—. No la olvidaré jamás y no la abandonaré. Me quedaré a su lado hasta que despierte, la esperaré, así tengan que pasar mil vidas y verla en el fin de los tiempos.

Le dio la espalda al dios y partió con su preciosa carga en brazos, necesitaba un lugar, un sitio en el que pudiese cuidarla como ella había hecho con él, dónde pudiese velar su descanso hasta el momento en que volviesen a reunirse.

—¿Ese es tu deseo, Asterión?

La voz del dios hizo eco tras de sí.

—Lo es.

Zeus se quedó mirando a su hijo mientras se alejaba con el cuerpo sin vida de la princesa cretense

en brazos. Él sería el único que conocería realmente la tumba de aquella princesa cretense, el único que guardaría el secreto de su descanso durante miles de años permitiendo al mundo conocer una leyenda muy distinta de la que se había forjado hoy aquí. Poco sabía su hijo que su nombre perduraría para siempre entre los mortales, pero su historia, su amor, sería olvidado, ocultado convenientemente bajo otras palabras, otras versiones para favorecer a los héroes y dar a las futuras generaciones una lección muy distinta.

—Que así sea pues, Asterión, que así sea.

Sus destinos estaban entrelazados, ni siquiera los destinos habían sido capaces de cambiar su sino, debía aceptarlo y aguardar el momento de su reunión. Quizá entonces podría volver a tener a su hijo y volvería a escuchar de su boca como le llamaba padre.

—Gios, es hora de despertar.

Volvió a escuchar su voz, más clara ahora, ya no sonaba en su mente, el sonido llegaba a sus oídos.

—Ariane ha esperado demasiado tiempo, ¿vas a permitir que pase un solo día más con tu ausencia?

Tomó una profunda bocanada de aire que llenó sus pulmones haciéndolos funcionar a otro nivel, repitió la operación sintiendo como dejaba atrás aquella oscuridad y la luz empezaba a penetrar a través de las rendijas formadas por sus ojos.

—Patera…

Su voz sonó débil, pero era suya, resonaba en sus oídos. Se esforzó por abrir los ojos, luchó contra la molesta luz hasta que pudo fijar la vista en un punto, en un techo de color blanco, con algo… una lámpara, eso era aquello, una lámpara sobre su cabeza.

—Bienvenido a tu nueva vida, Asterión.

Ladeó la cabeza y lo vio allí, igual y al mismo tiempo distinto. Sus ropas, aquella extraña indumentaria empezó a cobrar sentido en su confusa mente al tiempo que se formaban las palabras para cada prenda, que su significado cobraba comprensión. El conocimiento llegaba a él a raudales, dotándole de

lo necesario para sobrevivir en aquel mundo nuevo.

—Mi… Mi Arihagne… —levantó la mano con pesadez—. ¿Dónde está? Quiero… quiero verla.

El miembro masculino sujetó el suyo y notó la dureza, el calor y el poder residente en él pasando a través de sus dedos a su propio cuerpo.

—Pronto, *gios*, pronto —le aseguró buscando su mirada hasta encontrarla—. Ari aparecerá por esa puerta en unos minutos, pero antes tienes que saber unas cuantas cosas sobre el mundo en el que has despertado, la época en la que estás y quién es la mujer que has estado aguardando durante tantas vidas.

—Ella es mi esposa, patera.

Una simple verdad, algo irrefutable y que sabía en lo más profundo de sí mismo.

—Lo es, pero también, es más, mucho más.

UNA ETERNIDAD POR TI

Ari respiró profundamente antes de abrir la puerta de la habitación. Estaba decidida a decirle al hombre durmiente unas cuantas cosas y, cuando terminase, más le valdría despertarse o montaría tal rabieta que tendrían que llevarla a ella a la planta de psiquiatría para tratarla allí.

—De acuerdo, allá vamos —se animó a sí misma.

Curvó los dedos alrededor de la manilla y esta cedió bajo su esfuerzo, empujó y entró con la cabeza en alto, dispuesta a empezar su discurso.

—Asterión, he decidido que tienes que despertarte porque…

Las palabras murieron en su garganta en el momento en que sus ojos hicieron contacto con aquella ancha espalda cubierta con la chaqueta del pijama del hospital. Sentado en la cama, de espaldas a ella, estaba él, el hombre por el que había pasado los últimos dos meses pegada a una cama de hospital,

recordando el infierno vivido en una vida pasada, añorando un amor del que en realidad no sabía nada y deseando tener el tiempo suficiente con él para descubrirlo en cuanto despertase.

Él notó su presencia, pues se giró lentamente, apoyándose en la cama hasta que unos increíbles ojos azules coronados por oscuras pestañas se clavaron en ella. Durante unos interminables instantes todo lo que hicieron fue mirarse, entonces esos labios que había acariciado mientras él dormía, que había besado fugazmente presa de la nostalgia se curvaron lentamente hasta formar la sonrisa más sexy que había contemplado jamás.

—Estoy despierto, Arihagne.

El sonido de su voz fue como una descarga eléctrica para su cerebro, hizo que se tambalease al extremo de tener que sujetarse a la puerta.

—Eh… esto… vale.

Su mente estaba hecha papilla, todo lo que podía hacer era mirar esos ojos, ese rostro, ser consciente de

que estaba despierto.

—¿Arihagne?

De nuevo su nombre, con esa peculiar forma de pronunciarlo, una que le provocaba unos inesperados y absurdos escalofríos de placer.

—¿Sí?

Su respuesta fue extender el brazo en el que todavía tenía puesta la vía, sus dedos largos una invitación que se encontró aceptando al momento.

Cruzó la distancia que los separaba, posó su mano en la de él y automáticamente las lágrimas que le había costado dominar volvieron a brotar sin más.

—Oh, por Dios, ya estamos otra vez… —se quejó —. No hago otra cosa que llorar.

Él cerró los dedos alrededor de los suyos, esperó a que diese la vuelta a la cama, sin soltarla y, cuando la tuvo delante, sonrió aún más.

—¿Por qué lloras, *agapi mou*?

Amor mío. Aquellas palabras la derritieron al instante incrementando las lágrimas que brotaban de

sus ojos.

—Porque pensé que nunca te despertarías y entonces… —se las ingenió para limpiarse la cara con la única mano que tenía libre—, y entonces yo no tendría oportunidad de conocerte, de conocerte de verdad. Porque, tengo que ser realista, en realidad no te conozco, te recuerdo sí y, de una forma inexplicablemente absurda te quiero, te quiero muchísimo, pero no te quiero a ti, sino a él… Y ni siquiera soy yo la que te quiere, es Arihagne… Y yo soy Ari y… ¡Nada de lo que digo tiene el menor sentido!

—Por el contrario, Ari, lo tiene todo —le aseguró acariciando sus dedos de la misma manera en que ella le había acariciado la mano mientras estaba inconsciente—. *Patera* ha estado aquí y me lo ha explicado. Lo entiendo, sé que este es otro mundo, otra época y que tú y yo, no somos los mismos que fuimos.

—¿Ese chalado ha estado aquí? ¿Cuándo? —Giró

para mirar alrededor de la habitación como si esperase que apareciese allí de un momento a otro.

Él, sin embargo, tiró de su mano, acercándola a su cuerpo, teniéndola ahora lo bastante cerca para acariciarle el rostro, apartarle el pelo y contemplar sus ojos.

—Veo las similitudes y también las diferencias —comentó acariciándole la mejilla, delineando sus cejas—. Conservas esos hermosos ojos violetas que siempre me dieron esperanza.

Tragó ante sus palabras, no podía hacer otra cosa.

—Te he echado tanto de menos, me has hecho tanta falta… —continuó absorto en sus pensamientos. Entonces, sacudió la cabeza, la ladeó ligeramente creando en ella una especie de *déjà vu* y se lamió los labios—. No, pero no es suficiente.

—¿No lo es? —Había sonado a puchero, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, dejó caer la mano que la había acariciado y la posó sobre la que ya retenía la suya, enjaulándola.

—Este es un nuevo comienzo —respondió, respiró profundamente y la sorprendió con una inesperada presentación—. Hola, Ariadne, soy Ash Kouros y he esperado toda la eternidad por ti.

No pudo hacer menos que sonreír ante su forma de hablar, ante la pasión y la seriedad que puso en cada palabra y el sentimiento que había en la última frase.

Asintió, se secó las lágrimas una vez más y le dedicó su mejor sonrisa.

—Hola, Ash, soy Ari Minos y no tienes idea de lo feliz que estoy de verte por fin despierto.

Ambos se sonrieron, mirándose, reconociéndose, aprendiendo de nuevo quién era cada uno y, sobre todo, dispuestos a descubrir quienes podían llegar a ser juntos.

MIENTRAS LOS DESTINOS LO QUIERAN

Meses después…

Ari sostuvo con más fuerza la mano masculina que envolvía la suya mientras recorrían las ruinas de una civilización ya extinta, una de la que ambos podían hablar con pleno conocimiento de causa. Si bien aquella no era la primera vez que estaba en las ruinas del palacio de Cnosos, sí era la primera que las veía desde otra perspectiva, una que venía imbuida de ecos de un pasado, de una vida de opulencia, de un momento en la historia que no era como se había retratado y que había traído consigo demasiado dolor.

Ash permanecía tranquilo, demasiado calmado, en realidad. En los últimos meses había llegado a conocer bien al hombre con el que se había prometido y contraería matrimonio en unas semanas. Había sido precisamente eso, la fecha de su próximo enlace lo

que lo llevó a pedirle la semana anterior que visitasen aquel lugar.

Durante el tiempo que había estado en el hospital, Zeus había aparecido esporádicamente para «tramitar» algunos asuntos y procurarle a su hijo una identidad y una vida para cuando abandonase aquellas paredes. Tenía que darle crédito al Dios, era como un agente del FBI con impresionantes contactos y el dinero suficiente como para comprar todo lo que se le antojase; incluida una identidad.

Así era como Ash Kouros, un solitario y hermético especialista en arte griego había llegado al mundo y había entrado en su vida. Su residencia estaba en Atenas, lo que al principio había supuesto un punto de inflexión en una relación demasiado nueva, demasiado extraña y que había terminado en una excedencia por su parte a la universidad ateniense. Ari tenía que admitir que el cambio de aires la había beneficiado, para empezar una nueva vida hacía falta dejar la vieja atrás y eso era lo que estaban haciendo hoy aquí.

—Solo vi una vez el exterior del palacio, fue con el amanecer, teñido de naranja, en ese punto exacto en el que las sombras empiezan a diluirse para dar paso a la luz de un nuevo día —rompió a hablar, su voz matizada por un pesado acento que le resultaba de lo más sexy—. El día en que te llevaron de mi lado.

Notó como se tensaba, fue solo un instante, pero estuvo allí.

—He estado innumerables veces aquí por mi trabajo —comentó a su vez, mirando las tres columnas de color rojo que sostenían todavía un trozo de techo amarillo, uno de los fragmentos más llamativos de la excavación y en cuya pared se encontraba uno de los frescos más característicos de la cultura minoica—. Siempre lo vi como algo lejano, como un sueño. Quería creer que la reconstrucción que hacía mi mente era parte de mi imaginación y no una fotografía del pasado. Hoy, ahora, en este mismo instante, siento tanto tristeza como odio al mirar este lugar, no creo que pueda volver a verlo nunca como lo que fue, ni

tampoco siento ganas de desvelar lo que yace en su interior.

—El verdadero laberinto —completó él por ella.

Se quedaron en silencio, entonces él aprovechó para soltar su mano y envolverle la cintura, atrayéndola cerca, como si de ese modo pudiese preservarla de toda aquella civilización.

—Este fue nuestro pasado, Ari, quería venir aquí para saber que realmente existió y ahora que lo he visto, ya puedo dejarlo ir —declaró, se lamió los labios y bajó la mirada sobre ella. Era una montaña en comparación con ella y le gustaba eso, la hacía sentirse más protegida—. Quiero empezar una vida contigo desde cero, sin nada que entorpezca nuestro futuro.

Asintió, levantó la mano y le acunó la mejilla.

—Ese es también mi deseo, Ash —aceptó tirando de él hacia abajo, hacia sus labios—. Ya no soy Arihagne, ni tú el Minotauro, somos solo dos personas que se aman y que el destino ha vuelto a reunirles

para que puedan vivir ese amor.

—Te amaré toda la eternidad, mi princesa.

Sonrió y se puso de puntillas para besarle.

—Y yo estaré ahí, esperándote, para recibir ese amor, mi Asterión.

Y lo estaría, eternamente, vida tras vida, mientras los destinos lo quisieran, ella lo esperaría con el corazón lleno de amor y el alma de esperanza.

¿Te ha gustado la novela?
Pues colabora dejando tu comentario en
Amazon ^_^
Muchas gracias

Mia Campbell

[1] Hijo mío en griego
[2] Padre en griego
[3] Hijo en griego